

San José, Costa Rica 1927 Sábado 14 de Mayo

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

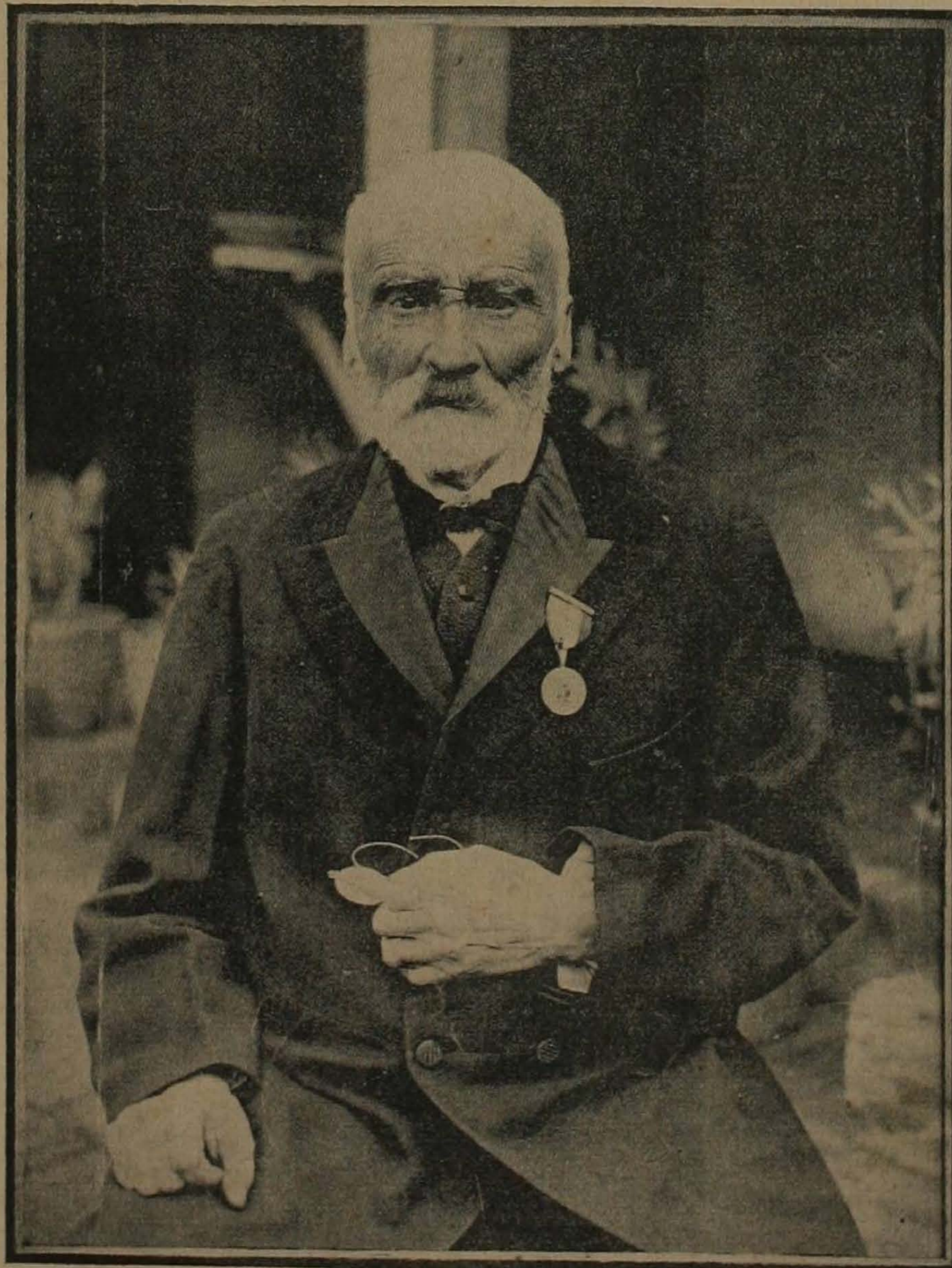
SUMARIO: *La doctrina Suárez y su posible influencia en el porvenir de América*, por J. M. Doussinague.—*Machado en Cuba, pretende reelegirse.*—*Mme. Therdiou*, por Octavio de la Suarée.—*Trofeos de conquistador*, por Max Henríquez Ureña.—*Homenaje al señor Suárez*, por Luis Eduardo Nieto Caballero.—*Cartas alusivas.*—*Leal*, por María Enriqueta.—*Viva Chile!*, por Arturo Torres Rioseco.—*In angello cum libello*, por Gris.—*Nombres del maíz*, por Marco Fidel Suárez.—*Las lágrimas de Väinämöinen*, por Miguel de Unamuno.

EN 1920 era Presidente de la República de Colombia don Marco Fidel Suárez, considerado por todos como uno de los cerebros más fuertes del país. Hombre de letras, autor de numerosos ensayos llenos de penetración, filólogo, erudito, perfecto conocedor del idioma castellano, hasta el punto de haber merecido ser llamado por don Juan Varela «el Cervantes de nuestro siglo», pertenece don Marco Fidel Suárez a ese brillante grupo de escritores colombianos que han hecho de su patria uno de los más apacibles lugares de la República de la Letras. Su labor, en el puesto que ocuparon después de Bolívar, hombres de tan clara inteligencia como don Mariano Ospina, Núñez, Marroquín y don Miguel Antonio Caro, había de ser más tarde objeto de múltiples controversias; pero, pasados los momentos en que la pasión política pudo disminuir la serenidad en el juzgar, hasta los más obstinados adversarios del Presidente Suárez, están acordes en reconocerle sus grandes dotes y conocimientos en cuestiones internacionales. Ya con anterioridad a su elevación a la Presidencia, tenía, en este punto, un sólido prestigio, ganado con su labor de muchos años como Ministro y Secretario de

La doctrina Suárez y su posible influencia en el porvenir de América

Por

I. M. Doussinague



Don Marco Fidel Suárez

En sus últimos días

• Abril 23 de 1855

† Abril 3 de 1927

Relaciones Exteriores; pero su obra definitiva de internacionalista hubo de realizarla siendo Jefe de la nación colombiana.

El día 27 de diciembre de 1920, en la recepción de don Domingo A. Coronil, Ministro Plenipotenciario de Venezuela, pronunció el Presidente Suárez un discurso, breve, pero rebotante de contenido, en el que se ponían los cimientos de una amplia política internacional destinada a tener una indudable trascendencia en lo futuro. Aquellas declaraciones constituyen lo que luego se llamó «doctrina Suárez», si bien su autor, dejándose llevar por un exceso de modestia, pretendió negarles su apellido y rebautizarlas con el nombre de «doctrina de la armonía boliviana», designación poco afortunada, puesto que la armonía boliviana sólo es una parte de ese todo orgánico que preferimos seguir llamando con su nombre primitivo.

La doctrina Suárez.

—Las ideas que la constituyen fueron sintetizadas en aquel discurso con las palabras siguientes:

«La ley de las naciones, o sea el *ius gentium* que regula las obligaciones y los derechos entre los Estados, y cuya fuente es la ley eterna, columbrada por las

sociedades antiguas e iluminada por el sol del cristianismo, es base del trato mutuo de los pueblos y condición de su prosperidad. Esta ley internacional se compone de los dictados inmutables de la justicia, de los consejos de la conveniencia y de las obligaciones positivas impuestas por la legislación y los Tratados, todo lo cual hace efectivos los principios del derecho, no menos que la comodidad recíproca. De la misma manera que los sentimientos que corresponden a las relaciones del género humano consienten una gradación de afectos que abarcan la caridad universal, el amor patrio, los afectos regionales y los afectos domésticos, así las relaciones de los Estados consienten una escala, no de derechos, pero sí de consideraciones. Entre todos los pueblos de la tierra, el derecho de gentes ha establecido cierta especie de vínculos privilegiados, que ligan a los pueblos cristianos porque éstos poseen la razón fundamental de la ética internacional. Entre los pueblos cristianos, los de la América latina tenemos que mirar con predilección los vínculos que existen en el seno del gran grupo de pueblos formados por la madre España y por sus hijas de este continente. Y entre estas naciones, algunos consideran también natural que las Repúblicas, que debieron su emancipación a unos mismos esfuerzos o que formaron un día la antigua Colombia, establezcan entre sí una forma singular de hermandad común. De esta suerte, Bolivia, Colombia, el Ecuador, el Perú y Venezuela debieran formar, según la opinión que estoy exponiendo, una especie de unión natural, una confraternidad espontánea de pacíficos esfuerzos en pro de su bienestar y cultura.

«Es claro que ella no podría referirse a una nacionalidad, ni a una federación, ni siquiera a una alianza formularia fundada en los tratados, pero sí podría tal vez constituir, en virtud de una amistad constantemente observada, cierta armonía fundada en la costumbre, fomentada por la concordia de varios millones de habitantes, dirigida a la prosperidad y educación de cinco naciones, y que serviría de ejemplo (¿por qué no decirlo?) a los pueblos que todavía no han escuchado el eco celestial de la paz.»

Desde el primer momento se advierte la gran importancia de la doctrina Suárez, que trae a la vida internacional una nueva entidad: esa unión natural, esa confraternidad espontánea de varios pueblos. Sólo el hecho de que un Presidente de República, hablando oficialmente, se esfuerce por defender—si bien en medio de las prudentes salvedades a que su cargo le obligaba—la formación de una confederación de Estados, bastaría para hacer de estas declaraciones cosa digna de la mayor atención. Pero no se trata de una liga cualquiera, semejante a las muchas que se han hecho y deshecho a lo largo de toda

la Historia, sino que esa *unión natural* de cinco naciones, que no constituyen alianza alguna ni ofensiva ni defensiva y que se asocian por un sentimiento puro de confraternidad para sumar sus pacíficos esfuerzos en pro de su bienestar material y de su cultura o bienestar espiritual, es un suceso extraordinario y sin precedentes. La nobleza de los sentimientos que le dan vida, la pureza de las intenciones de que se nutre y la elevación de sus propósitos, hacen de esa unión una de las concepciones más generosas, más fuertes y mejor orientadas de cuantas ha producido Hispano-América. Por lo tanto, vale la pena de que nos detengamos un momento a analizarla y estudiarla.

La armonía boliviana.—La idea central de la doctrina Suárez es la de constituir con los Estados llamados bolivianos, o más bien bolivarianos, por deber su independencia a Bolívar, esa suerte de hermandad que los haga aparecer como un sólo bloque de pueblos, unánimes en el sentir y acordes en el obrar. Debemos notar, ante todo, que esos Estados son hoy seis, y no cinco como dice el Presidente Suárez, que en 1920 se veía obligado a olvidarse de la República de Panamá, cuya independencia no había reconocido aún Colombia. Hoy, cumplida ya esta formalidad, siempre que se habla de países bolivarianos se aplica esta denominación a Colombia, Panamá, Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia. Los cuatro primeros, de entre estos seis países, estuvieron un tiempo unidos formando una sola nación, la Gran Colombia, lo que crea entre ellos el vínculo especialísimo de un pasado común. A ellos estuvieron asociados como compañeros de armas en la guerra de la Independencia, el Perú y Bolivia.

Pocas cosas hay que acerquen a los hombres y a los pueblos tanto como un triunfo, una alegría o una gloria común. Pero cuando ese triunfo toma proporciones de epopeya por ser el origen mismo de la nacionalidad, cuando esa gloria es la que corona la frente de Simón Bolívar, el lazo que se crea, más que de simple amistad, es ya de un estrechísimo parentesco: parentesco que, una vez establecido, nada puede ni nadie logrará olvidar, porque los hermanos lo son mientras vivan, por hondas que sean las diferencias que en un momento lleguen a separarles. Esta es la razón de ser del sentimiento que une a estos seis países que—además de la comunidad de origen y de sangre que tienen todos los pueblos hispanos—por haber nacido juntos a la vida independiente, a consecuencia de un solo esfuerzo y bajo la dirección de un solo hombre, están

en el grado máximo de la confraternidad. Si dirigimos una mirada a todos los pueblos del orbe, observaremos que no existe ningún grupo de naciones que tengan tantos motivos de acercamiento, que tengan tantas razones para llamarse hermanas y considerarse tales mutuamente, como las que constituyen la familia bolivariana. Quien llega a ellas después de haber vivido en varias naciones de Europa y de haber notado la inconsistencia de los vínculos de amistad internacional en nuestro continente, amistad casi siempre artificial, como creada, modificada y rota por la sola voluntad de los gobernantes y sin más raíces que la momentánea conveniencia, no puede sino advertir la gran diferencia que existe entre estas uniones por interés y la reciedumbre del sentimiento bolivariano.

El bolivarianismo está allí en las masas de ilustración media; es una realidad que vive en la entraña misma de los pueblos más que en el cerebro de sus directores. Todas las veces que en la escuela o en la prensa, en las cátedras de Historia o en los discursos de las fiestas patrias se recuerda el gigantesco esfuerzo realizado para salir adelante en la titánica lucha de la emancipación, el bolivarianismo, el sentimiento de lo que a todos les es común, se difunde y cobra nuevas fuerzas. El recuerdo de la grandeza pasada, del ayer lleno de luchas, de sufrimientos, de triunfos, de ideales y de esperanzas, compartidos sin distinción y sobre todo el cariño y la admiración general hacia el Héroe de aquellas gloriosas jornadas, están atizando, día tras día, en las seis Repúblicas, el fuego sagrado del bolivarianismo. Es como si la sombra de Bolívar, proyectándose sobre ellas en el mapa, las encerrara a todas dentro de los firmes rasgos de su silueta, cubriéndolas de modo que nadie pudiera advertir las pequeñas diferencias que las hayan podido separar.

Ya en la vida trató él de constituir con estos seis pueblos una sola nacionalidad, trayendo a la gran Colombia el Perú y Bolivia, constituyendo así un Estado federal, en el que cada región gozaría de la mayor autonomía posible y que podía regirse por las normas generales de la constitución boliviana, que él mismo redactó. Pero las circunstancias de la época y, principalmente, a mi juicio, las enormes distancias geográficas, hacían quimérico aquel empeño. Por otra parte, la independencia de los seis Estados es un hecho intachable y definitivo: pero un hecho que en nada se opone al sentimiento bolivariano que sigue palpitando en ellos. Prueba concluyente de esta afirmación son los convenios celebrados en Caracas

en 1914. El 27 de enero de dicho año, los Ministros Plenipotenciarios de Colombia, Ecuador y Perú, acreditados en Venezuela, firmaron con el Ministro de Relaciones de este país un protocolo en el que se fijaban las bases de la unión bolivariana, bases aceptadas luego por Bolivia. En aquel protocolo se trataba únicamente de un acercamiento de carácter general entre las naciones bolivarianas, no ya de una alianza ofensiva y defensiva a la vieja manera. Dentro de aquellos propósitos cabían acuerdos para no acudir nunca a la guerra entre los firmantes, para impedir que en uno de dichos Estados se prepararan revoluciones contra cualquiera de los otros, para dirimir entre sí todas sus diferencias, sin solicitar ni aceptar intervención extranjera en ellas, para ir unidos a los Congresos internacionales, para reducir el porte de la correspondencia postal o telegráfica, para mutua validez de títulos académicos, para extradición de reos, para no enajenar nunca sus territorios ni sus rentas, etc.

Vese, pues que el bolivarismo tiene un contenido espiritual muy sólido, y es un sentimiento que, sin rozar en ningún punto la independencia de aquellas Repúblicas, las empuja a unirse y a armonizar su organización y su conducta en toda una serie de puntos concretos.

Este es el acierto fundamental de la doctrina Suárez, que, lejos de ser una especulación de teorizante, viene a concretar un sentimiento que existía en las masas con anterioridad, y a concretarlo de manera acertadísima en todo un sistema de política internacional. El Presidente Suárez recogió una palpación de vida existente en el cuerpo bolivariano, y con la clara comprensión del gobernante que sabe darse cuenta de los difusos anhelos, de los deseos inexpresados de las gentes que le están sometidas para derivar de todo ello las orientaciones de su actividad, hizo cristalizar el bolivarismo en una fórmula breve, clara, precisa, capaz de traducirse en resultados prácticos de positivo provecho. Al establecer su teoría de la gradación de afectos internacionales, sienta la doctrina Suárez el principio de que dentro de las íntimas relaciones de amistad que deben tener los pueblos hispanos, el grado máximo de confraternidad de las Repúblicas bolivarianas debe crear entre ellas una unión especialísima. Esta unión está concebida dentro de la doctrina Suárez como una hermandad o confraternidad de naciones que, aprovechando la fuerza latente del bolivarismo, venga a utilizarla en aumentar la prosperidad y la cultura de aquellas Repúblicas.

He aquí un segundo acierto de esta concepción: la elevación de sus propósitos. En la vida internacional actúan las naciones de un modo muy semejante a la conducta del hombre salvaje, en cuya mente no ha penetrado todavía la idea del derecho, y que al unirse con los de su tribu, sólo lo hace por la necesidad de defenderse de otros más fuertes y por el deseo de dominarlos y vencerlos. De modo análogo, las alianzas internacionales se han basado siempre hasta ahora en el antijurídico principio de reciprocidad de servicios para la defensa o la ofensa, no en propósito alguno de elevación cultural. La unión bolivariana ideada por el Presidente Suárez, por el contrario, empieza rechazando lo que se parezca a esas «alianzas formularias», y tiene por fin directo «la prosperidad y educación» de las naciones que habrían de constituirla.

El Presidente Suárez insistió en esto en su *Sueño de armonía boliviana*, publicado bajo el pseudónimo de Luciano Pulgar. Dice así:

«La tal armonía boliviana no pasó ni podía pasar de ser un voto cuasi-platónico de amistad entre las Repúblicas, encaminado a procurar la utilidad de todas ellas en el campo de la prosperidad y la cultura sin perjuicio para ningún otro pueblo, sin dar lugar a sospechas, sin entrar en el terreno de las alianzas bélicas, sino caracterizándose, por el contrario, esa armonía como objeto de los fines y motivos más pacíficos».

La primera parte del párrafo explica por qué las circunstancias del momento impidieron llevar a la práctica esta hermosa concepción, y para desvanecer toda sombra de desconfianza, insiste el Presidente Suárez en la finalidad pacífica y cultural de la proyectada unión.

Vese, pues, que la doctrina Suárez, además de tener por base y punto de partida un sentimiento tan hondo y duradero como el bolivarismo y no una momentánea conveniencia, se distingue por la elevación y nobleza de sus propósitos, por la grandeza moral de sus aspiraciones y por su decidido empeño de hacer de la armonía boliviana un instrumento de paz y de cultura, y no un arma nueva para la guerra.

El «hispanismo de la doctrina Suárez».—En la escala de afectos internacionales, ideada por el Presidente de Colombia, el primer lugar corresponde a los países bolivarianos, y el segundo, a todas las naciones hispánicas. El «gran grupo de pueblos formados por la madre España y por sus hijas» americanas, constituye, en la doctrina Suárez, una colectividad con persona-

lidad propia dentro del mundo civilizado. Desde su elevada tribuna y ostentando la representación de uno de los Estados más medularmente hispanos, proclamó el Presidente Suárez la necesidad de «mirar con predilección los vínculos» que unen a todos los de nuestra raza.

Estas declaraciones son el complemento del sistema de la armonía bolivariana y la garantía más fuerte de la sinceridad de sus elevados propósitos. Porque si algún recelo pudiera suscitar la proyectada unión bolivariana, éste procedería del hecho de que alguna de las Repúblicas que en ella habrían de entrar, tiene pleitos que ventilar con otro Estado también de origen hispano. Por lo tanto, si el Presidente Suárez sólo hubiera tratado de aquella unión, podría haberse tomado ésta por un arma disfrazada que sirviera para robustecer la posición de uno de los pleitantes. Pero las afirmaciones de hispanismo, que son parte esencial de la doctrina Suárez, al garantizar que la unión bolivariana no podría nunca emplearse en perjudicar a un país hispano, disipan la última sombra de toda posible sospecha. Esto nos hace ver todo el valor de las breves palabras con que el hispanismo se declara en la doctrina Suárez. Sin ellas, toda la concepción se viene abajo y de la unión bolivariana no queda sino un engendro que atraería sobre sí miradas de hostilidad de todo el continente americano, y que, por lo tanto, no podría vivir si acaso llegaba a nacer. Por el contrario, si la armonía bolivariana tiene una franca y decidida orientación hispánica, enlaza en el acto con toda la América hispana y apareja su marcha con la de todos los pueblos de nuestra raza. El bolivarismo en que se basa el proyecto de unión entre las seis Repúblicas y el hispanismo que aspira a coordinar la actividad de todos los miembros de la colectividad hispana, deben seguir necesariamente direcciones paralelas. Y en la doctrina Suárez, el paralelismo de estas dos trayectorias está dibujado con trazo firme.

Toda la amplia visión, el certero instinto político del Presidente Suárez, se nos revela en este propósito suyo de trazar su concepción de la armonía bolivariana con las aspiraciones de concordia y los anhelos de fraternidad que bullen inconcretos en el seno de todos los pueblos hispanos sin haber conseguido todavía encarnar en una fórmula definitiva de política internacional. La doctrina Suárez es, gracias a esto, hija legítima y descendiente en línea recta de los magníficos planes políticos de Simón Bolívar, cuando se proponía crear con todas las naciones hispanas de Amé-

rica un solo cuerpo político, en el que cada uno conservaría su independencia, pero todas juntas se trazarían, en una asamblea de plenipotenciarios, una línea de conducta común que, seguida unánimemente una vez aceptada, haría de la América hispana «la Reina de las naciones», según acertada frase de Bolívar.

En realidad, todo intento de acercamiento entre las Repúblicas hispanas de América tiene que basarse en las ideas geniales de Bolívar. En el momento mismo de la emancipación y aun antes de que ésta se hubiera consumado, su mano firme trazó el rumbo que durante siglos seguirá la política internacional del Nuevo Continente. Con la profunda comprensión que ponía en todas las cosas, sentó Bolívar el principio de la confraternidad de los pueblos hispanos, e intentó apoyarse en él para llevar a la práctica sus vastos planes. En 1822, al enviar al Perú y a México sus Ministros Plenipotenciarios, les daba, por intermedio de don Pedro Gual, Secretario de Relaciones Exteriores de Colombia, las siguientes instrucciones:

«Es necesario que la nuestra sea una *sociedad de naciones hermanas*, separadas por ahora en el ejercicio de su soberanía por el curso de los acontecimientos humanos, pero unidas, fuertes y poderosas para sostenerse contra las agresiones del poder extranjero. Es indispensable que usted encarezca incesantemente la necesidad que hay de poner desde ahora los cimientos de un cuerpo anfictiónico o asamblea de plenipotenciarios, que dé impulso a los intereses comunes de los Estados americanos, que dirima las discordias que puedan suscitarse en lo venidero entre pueblos que tienen unas mismas costumbres y que, por falta de una institución tan santa, pueden quizás encender las guerras funestas que han desolado otras regiones menos afortunadas».

La simple exposición de estas ideas y su cotejo con la doctrina Suárez nos pone de alto relieve las estrechas relaciones que entre ambas concepciones existen. Aquí como allí, el fundamento es el mismo: el principio de confraternidad. Y en ésta como en aquella doctrina, la finalidad que se persigue es la de aplicar dicho principio a la solución de posibles conflictos entre las Repúblicas hispanas de América. Esto se ve mejor comparando las palabras copiadas con otras de Luciano Pulgar, en el citado *Sueño de la armonía boliviana*, que dicen:

«Lo más importante (de dicha armonía), si algo nuevo se hubiera iniciado, habría sido buscar la solución de los litigios pendientes y proveer a lo futuro consagrando medios pacíficos para resolverlos en todo caso».

He aquí toda la valía excepcional del principio de confraternidad, que hace de él el arma más poderosa que tiene la América hispana para su engrandecimiento. Porque cuando aquellas Repúblicas proclaman y reconocen que están unas con otras en relación de hermanas, no se limitan a una vaga declamación retórica, sino que sientan el principio capaz de resolver todos sus litigios internacionales.

En la esfera individual, lo mismo que en las relaciones entre Estados, lo que se defiende obstinadamente contra un extraño, a un hermano se le cede con facilidad, por conservar su afecto, que es prenda de paz y de concordia. Por eso, el valor sobresaliente del principio de confraternidad hispana, proclamado por Bolívar y replantado ahora por Suárez, se halla en ser el guardián y defensor de la paz entre las Repúblicas hispano-americanas y en su utilidad práctica para resolver conflictos entre Estados, incitándolos a hacer pequeños sacrificios para que nada turbe la cordialidad de su mutuo afecto. La inmensa ventaja que América tiene sobre Europa está en este maravilloso talismán del principio de confraternidad que aquélla posee para evacuar sus litigios sin acudir a las armas. ¿A qué extremos de civilización no hubiera llegado la vieja Europa si los pueblos que la habitan fueran hermanos de raza y de idioma y no les separaran altísimas fronteras espirituales, por culpa de sus diferencias de mentalidad, de religión, de costumbres, etc...? ¿Y a dónde no llegará la América hispana si sabe utilizar el valiosísimo instrumento de progreso que el principio de confraternidad representa?

Estas consideraciones nos revelan cómo el hispanismo es todo el armazón invisible de la doctrina Suárez. No hay que buscar únicamente el hispanismo de ésta en aquellas palabras que señalan las especiales relaciones inter-hispanas como un grado más hondo de afecto internacional, sino que es preciso advertir cómo toda su construcción reposa sobre el principio de confraternidad hispana, de tal suerte, que si intentamos quitarle esto, toda la doctrina Suárez desaparece al instante sin dejar rastro. Y si antes señalamos en ella el acierto de su punto de partida y la elevación de sus propósitos, ahora advertimos lo perfecto de su concepción al darnos cuenta de cómo encaja a un tiempo en el alma misma de la raza y en la más sólida tradición internacional de América, en el hispanismo y en los planes políticos de Bolívar.

Porvenir de la doctrina Suárez.

—La doctrina Suárez no encontró al nacer quien la adoptara con el cariño

que merecía. Pronto se la dió de lado, a causa principalmente del pasajero desprestigio en que cayó su autor, por obra de la inconstante Fortuna y de los varios azares de la lucha política. Cuando cae un hombre que había logrado encumbrarse a posiciones eminentes, si inspira compasión su dolor personal, causa aún mayor tristeza advertir el gran número de ideas grandes y generosas concepciones que arrastra consigo su caída y alrededor de las cuales tantas esperanzas se hubieron de acumular. Pero cuando esas ideas son la síntesis de un estado de opinión, antes o después, resurgen aquí o allá. También cuando cayó Bolívar se pudo pensar que sus geniales proyectos quedaban enterrados para siempre, y él mismo lo creyó, cuando afirmaba en un momento de desesperanza: «he arado en el mar». Y se equivocó: hoy su pensamiento se va empezando a abrir paso, y la misma doctrina Suárez es la mejor prueba de ello. Y ésta, a su vez, tampoco ha muerto, aun cuando su mismo autor pudiera temerlo, porque subsiste cada día más pujante su razón de ser, el sentimiento bolivariano que la trajo a la vida, y con el cual ella está en relación de efecto a causa. El deseo de llegar a una unión armónica entre las seis naciones bolivarianas, para mejorar su bienestar material y su cultura, y la necesidad de que esta unión tenga por base el principio de confraternidad hispana para poderse así acoplar a las necesidades y aspiraciones de los demás Estados suramericanos, vive y se agita en el alma noble de aquéllas. La reciente fundación de la sociedad bolivariana en Bogotá lo comprueba plenamente. La sociedad bolivariana y la doctrina Suárez son dos brotes de la misma savia, dos manifestaciones gemelas de un mismo estado de opinión.

Para un observador sereno parece seguro que este estado de opinión que constituye el bolivarianismo hará su camino e irá poco a poco satisfaciendo sus aspiraciones. En Colombia, país de hombres ecuanímenes y clarividentes, la necesidad de ir tejiendo la armonía bolivariana con los más puros propósitos culturales y pacifistas, ira dejándose sentir cada vez con mayor intensidad, hasta concretarse en realidades políticas. Colombia es, en efecto, el país que parece haber salido mejorado en la herencia espiritual de Bolívar, apropiándose de ella la hijuela de sus grandiosos proyectos. Debido a ello y a su posición central entre las Repúblicas bolivarianas, es Colombia la cabeza y el núcleo central del bolivarianismo: en ella había de surgir la doctrina Suárez y la sociedad bolivariana, no por casual coincidencia, sino por encontrarse allí

el epicentro de este temblor espiritual del alma de América.

De una manera espontánea, casi sin pretenderlo, se encuentra Colombia con todo un programa de política internacional que necesariamente, ha de ejercer presión sobre sus dirigentes durante muchos años. Y este programa, nacido en el poderoso cerebro de su fundador y modernizado y puesto al día por uno de sus más cultos Presidentes, no puede ser otro que la doctrina Suárez. Tan claramente traza ésta a Colombia la ruta de su política internacional en lo futuro, tan acertadamente ha logrado expresar en breves palabras las orientaciones que ante ella se presentan, que no puede sino imponerse en el ánimo de sus gobernantes.

Y mientras los hombres de Ginebra ponen frente a frente sus irreconciliables egoísmos y arguyen sus sofismas en una atmósfera de mentiras convencionales, en aquella apartada meseta de los Andes, lejos de la pompa y aparato de las Conferencias, sin los vistosos uniformes de la retórica y la elocuencia de los diplomáticos, se irá desarrollando y cobrando fuerzas hasta convertirse en un hecho consumado, el germen de esa «Sociedad de naciones hermanas», de esa agrupación de Estados, radicalmente distinta de cuantas le han precedido, porque, de acuerdo con los enunciados de la doctrina Suárez, que le habrá dado vida, podrá ostentar por primera vez, de modo verídico, el lema «paz, cultura, prosperidad».

(De Revistas de las Españas, Madrid)

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Pasaje Jiménez. Al lado de la Botica Oriental

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires Club en series a \$ 3.50 semanales. Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

JOSE J. DOUARTT R.

AFINADOR CIENTIFICO

Ex-armador de Pianolas en

«The Starr Piano Company, Talleres Richmond»

Indiana, E. U. A.

Reparador de Mediófonos y Armoniums

Testimonios honoríficos.

Dirección: «La Maison Doree», 50 varas Norte del Mercado. Apartado No. 680.

Machado, en Cuba, pretende reelegirse

Palabras del íntegro y ejemplar Varona, Maestro de la juventud cubana

=De Carteles. La Habana.=

ENTRE las grandes figuras contemporáneas de nuestra América, una de las más ilustres es Enrique José Varona, al extremo de que cuando, hace tres años, mi nunca bien llorado amigo Edwin Elmore, asesinado por Chocano, quiso organizar, en unión de otros jóvenes escritores y artistas de nuestro Continente, un Congreso Libre de intelectuales de América, al que concurriesen los hombres más representativos del pensamiento en los pueblos iberoamericanos, fué Enrique José Varona al que todos señalaron como el director y jefe, la figura central en torno a la cual estaban dispuestos a agruparse, movidos y dirigidos por su palabra, cuantos en América significan y representan algo en valores intelectuales e ideológicos.

Si ese es el puesto que en América ocupa Varona, en nuestra patria, desde hace muchos años, es la figura más respetable y respetada en el orden intelectual y político—sin sectarismo, desde luego.—Y es, además, por excelencia, el maestro, el guía y el mentor.

Cada vez que sufrimos alguna aguda crisis política; siempre que surge algún grave problema que amenaza y pone en peligro la libertad y la soberanía o se asesta rudo golpe a los principios liberales y democráticos; en todo momento en que la confianza en el esfuerzo propio, flaquea; la fe en la conservación de los ideales republicanos, se debilita; y surgen el temor y la duda en cuanto al camino que conviene seguir y las medidas que deben tomarse para conjurar la crisis, o resolver el problema planteado; siempre, ayer como hoy, todas las miradas se vuelven a ese venerable anciano, y a su casa modesta y sencilla, templo de virtudes ciudadanas, acuden, grandes y pequeños, los jóvenes y los hombres maduros, en demanda de consejos, enseñanzas y orientaciones. Y siempre ese venerable anciano tiene para todos y en todas las circunstancias, el bálsamo de su palabra, que es también bandera, norte y estrella.

Y los jóvenes de hoy, principalmente, que en una justipreciación de valores—morales e intelectuales—necesaria de realizar en nuestra patria, hemos desenmascarado a incontables *consagrados*, haciendo ver que no tenían más que *fachada* o eran ridículos *Pachecos*, derribando a esos falsos ídolos

de sus pedestales de arcilla, nosotros, jóvenes en edad y en pensamiento e ideología, hombres modernos y muchos francamente radicales, tenemos en Varona, en el viejo Varona, el Maestro, que Maestro indiscutible e indiscutido de la juventud cubana de nuestros días, es Enrique José Varona. Y es maravilloso el ver como los años y la experiencia y decepciones de la vida, lejos de restarle, le dan cada vez mayores arrestos y entusiasmos para la lucha; de tal modo que somos nosotros, los jóvenes, los que tenemos que esforzarnos para marchar junto al viejo Varona, sin que éste nos deje atrás. Fenómeno semejante ocurre en el orden del pensamiento. Libre de escuelas partidaristas, Varona, lejos de aferrarse, estancado, como tantos otros, a las ideas, principios y doctrinas de años pretéritos, de su época, piensa y siente tan modernamente como nosotros los jóvenes, al extremo de que es imposible, al hablar de él, decir, como de casi todos los hombres, que tuvo su época, porque si fuéramos a señalar alguna época, como la época de Varona, ésta sería, más bien que otra ya pasada, la época presente. Que los hombres como Varona, no tienen época, y aún después de desaparecidos reviven, porque sus ideas no son de ayer ni de hoy, porque son las ideas bases, humanas, que aunque expresadas en forma diversa, son inalterables y permanentes, en su esencia, a través de todas las épocas.

¿Cómo podría faltar, pues, en esta encuesta que entre nuestros hombres dirigentes venimos realizando, sobre los graves problemas políticos y nacionales del momento, la opinión y el consejo de Varona?

—Estamos, nos dijo—en plena reacción retrógrada, que no afecta solamente a problemas políticos, sino a lo esencial de la obra que se propuso realizar en Cuba la Revolución libertadora, que no persiguió únicamente un cambio de régimen político, sino de ideas, de principios, de normas de vida ciudadana y administrativa.

Como ya dije en otra ocasión—nos añade—la ola de reacción que hoy envuelve gran parte del mundo, ¿por qué se había de detener ante las playas de Cuba? Salida ayer de la colonia, ha vuelto, casi por su propio peso, a la colonia. Impulsada con oculto pero firme empuje por la barca nor-

teamericana, va tomando su antigua posición, doblada sobre la caña, con la mocha en la diestra. Produce millones de toneladas de azúcar y se regocija con el río de oro que sale de sus trapiches porque algún sedimento deja en el suelo por donde pasa. Su único anhelo es trabajar para ganar y gastar. El medianamente rico sueña con un viaje a París. El más pobre con un viajecito a la Habana. No hay otros ideales colectivos.

—¿Qué es lo que usted considera como lo más grave de nuestra situación presente?

—Lo que juzgo más grave es la actitud pasiva de un pueblo radicalmente descontento.

—¿A qué cree usted que se deba esa inercia, decaimiento e indiferentismo generales?

—Se debe a los desengaños políticos y sociales que el cubano ha sufrido durante el período de estos últimos doce años: a la importancia, cada vez mayor, que entre nosotros ha tenido el capitalista extranjero y a la influencia que ejercen antiguos elementos que podríamos llamar coloniales.

—¿Considera usted que esto significa desilusión por la obra revolucionaria emancipadora, desencanto de la República?

—No. El pueblo no está desengañado de la obra revolucionaria, sino de la efectividad de su acción en este momento.

—¿Cree usted que lo que nos conviene para resolver los problemas del momento, es un hombre, lo que ha dado en llamarse, el hombre providencial?

—Todo lo contrario. Y muchos de los males que padecemos se deben a haber querido esperar todo de un hombre. Tal ocurre con el actual gobierno, convertido en el eje de todo el momento presente e inspirador paternal de todos los cubanos.

Soy enemigo de los gobiernos paternos y unipersonales. Ya lo dije hace algunos meses. En materia de gobernación, se puede preferir el poder unipersonal; en esto no hay nada de censurable. Por mi parte no sólo no lo prefiero sino que lo estimo la forma más peligrosa de gobierno. Pero ese es un punto de vista. En realidad lo importante, lo verdaderamente importante para el buen concierto social, es que esa forma de gobierno se la den los que van a ser gobernados, no que se la tome el que va a gobernar. No reconozco en persona alguna el derecho de salvar a la fuerza a su pueblo. Quien llega a un puesto, mediante un pacto constitucional, está obligado a cumplirlo.

Es muy desgraciado el pueblo que necesita de un hombre. La obra de

todo hombre, es efímera, quiéralo o no lo quiera. Ningún hombre puede trabajar solo. Ninguna dictadura puede ser jamás buena. Los pueblos lo que necesitan es hombres, ciudadanos conscientes.

—¿Qué opina usted del actual gobierno?

—Repetiré ahora, lo que no hace mucho dije. Mi liberalismo es radical e indestructible. Toda la labor política del gobierno actual ha ido en contra de mis principios. No puedo estar conforme con ninguno de sus actos. Me parece bien que se haya puesto dique a la malversación de los fondos públicos; pero eso cae en la esfera de la honradez elemental. Las administraciones que no han procedido así, han faltado al primero de sus deberes. El construir carreteras es de la mayor utilidad. Pero el plan financiero con que se va a emprender la obra me parece desastroso. Que el fisco acogote al contribuyente y le exprima la bolsa, sólo sirve para fomentar la desesperación del acogotado y exprimido. Y la desesperación es tan mala consejera como el hambre.

Mientras la miseria, así como suena, la miseria, invade la generalidad de los hogares, y el trabajador no sabe si comerá mañana, el Gobierno gasta sin tasa, y se dispone a emprender una obra gigantesca, cuya utilidad en el presente es negativa. Negativa, porque las necesidades perentorias de hoy no se remedian ofreciendo vías de comunicación para mañana. Negativa porque esa obra, antes de haberse iniciado, cuesta ya millones de pesos al contribuyente esquilmado. El contraste es pavoroso: porque esas son empresas para épocas de abundancia, no de penuria.

—¿Y de la reforma constitucional y prórroga de poderes?

—En esas desastrosas condiciones que acabo de indicar, se les ocurre a nuestros políticos demostrar, no que están atentos a las voces del pueblo, de quien se dicen representantes, sino que se proponen defender sus personales intereses. En medio de la crisis económica que embarga al país, lanzan barajadas dos ideas, cada una de las cuales exige la más seria atención de parte de todas las clases sociales, pues a todos afecta íntimamente. Se trata de prorrogar los poderes a los actuales representantes—Ejecutivo y Legislativo—es decir, de romper en pedazos la Constitución, por mano de los mismos encargados de guardarla y defenderla. Y allá, en segundo término, se quiere intentar una reforma constitucional, obra que exige el concurso de toda la Nación por medio de todos sus órganos; y que aquí se llevaría a cabo por sorpresa, cuando no sabe Cuba como saldrá de esos

terribles momentos que pinté primero.

La ley de prórroga de poderes es una ley reaccionaria, contraria a los ideales revolucionarios.

No parece que estamos en una república, sino que hemos vuelto a la colonia; no que vivimos en un pueblo que se gobierna a sí mismo.

—¿Cuál es el daño más grande que cree usted le ha hecho el actual gobierno al país?

—El daño más grande que este gobierno le ha producido al país es el haberlo amedrentado y reducido a la situación de silencio en que yace.

—¿Y lo más grave que nos puede ocurrir?

—Lo más malo que nos podría pasar es que el país perdiera toda voluntad y cayera en el marasmo en que han caído otras repúblicas hermanas de nuestra América.

—¿Qué debemos hacer, maestro?

—No soy partidario de las apelaciones a la fuerza armada, porque resultan, a la postre, contraproducentes.

Lo que necesitamos es formar opinión. Hacer que se estudien los problemas. Que cada uno, en su esfera y dentro de sus capacidades y actividades, le salga al frente a la situación y exponga sus ideas y su criterio sobre la misma. Que nadie se quede mudo o encerrado en su casa, sino que todos y constantemente le digan al pueblo, la verdad.

Hecha ya esta entrevista, dolorosos acontecimientos han ocurrido en torno a la figura venerable del Maestro Varona. Jóvenes estudiantes de nuestra Universidad, en un gallardo y valiente gesto de rebeldía y patriotismo, fueron a casa del Maestro para unir su protesta a la protesta que aquél había realizado contra la prórroga de poderes. La policía, obedeciendo órdenes de los interesados en que no se combata esa funesta reelección sin sufragio, que pretende realizarse, quisieron impedir ese acto, legal y pacífico, que al amparo de los derechos constitucionales realizaban los jóvenes estudiantes. Hubo encuentro, lucha. Ya la prórroga de poderes ha derramado sangre cubana. Que esa sangre sea la única y no haya corrido en vano, en defensa de los ideales que los estudiantes defendían, son los votos que hacemos en estos difíciles y críticos momentos por que atraviesa la República.

Y no queremos finalizar esta entrevista con el Maestro Varona, sin reproducir las palabras que dirigió a los estudiantes con motivo de los sucesos a que nos acabamos de referir, palabras que reafirman y acrecientan la veneración que por él

sienten los jóvenes de hoy, como el Maestro de la juventud cubana.

He aquí la síntesis de su opinión acerca de aquel doloroso acontecimiento y sobre la actitud, viril y enaltecedora, de los estudiantes universitarios:

—Pienso que el deber de todo ciudadano es velar por la integridad de sus instituciones democráticas y por la conservación inalterable de los principios en que ellas se sustentan.

La actitud de los estudiantes cubanos, que constituyen la más pura fuerza viva del País, al protestar por la violación de nuestros postulados constitucionales, me reafirma en el concepto de que Cuba tiene una juventud capaz de afrontar cualquier situación, por difícil que esta sea, por velar el mantenimiento de las libertades públicas e individuales.

Los estudiantes de nuestra Universidad han expresado con su valeroso gesto que han sabido interpretar ampliamente lo que significa un profundo sentimiento en el alma nacional.

Bajo la honda impresión proporcionada a mi espíritu en esta tarde, me dirijo a ella alentándola a mantener su actitud valerosa en estos instantes en que las más caras instituciones nacionales parecen ahogarse en personalísimas ambiciones.

CULTURA VENEZOLANA

Director: José A. Tagliaferro

Apartado de Correos 293
Caracas.

Cultura Venezolana se publica el día 15 de cada mes en números de 90 a 128 páginas.

En la sección bibliográfica se dará cuenta de los libros de los cuales se remitan dos ejemplares.

Precio de suscripción:

En el extranjero: 5 dólares al año.

Mme. Therdieu

La vida es una enfermedad que hay que embellecer.

HENRI BARBUSSE

I

Norma de un simbolismo paganista, era su cuerpo de tan bello estilo que entre sus mangas descubrió un artista los brazos que perdió Venus de Milo.

Prodigio a todo anhelo, virtuoso, como un compendio de pasión y arte en su corpiño destacaba airoso el basto de Paulina Bonaparte!

Carácter para el desamor rehacio, sin su galán, languidecía como flor sin rocío y sin calor. Y era,

—porcelana viviente en su palacio— como una princesita de quimera que se mustiara en la prisión de un cromó!

II

Sola en la paz de su retiro, ansiosa de ver su soledad fluir sin merma, era un suspiro hecho mujer hermosa y una sonrisa hecha mujer enferma.

Como una flor de lis, fuera de ambiente, ante el mundano escándalo sentía un temblor de inquietudes en su frente y una quietud temblante en su agonía...

Que ansiaba ser, bajo el dolido encono de a quien el roce de la vida ofende, como la encarnación del abandono.

¡Ah: cuántas veces, sola en su castillo, al contemplarle un labrador sencillo creyó en la bruja aparición de un duende!

III

La vida la golpeó con furia loca: ¡perdió su amante y sepultó su hijo! Y desde entonces fué su drama, fijo en su frente, en sus ojos y en su boca!

En plena juventud de treinta años, lejos de parecer su pena fatua,

¡bien valían sus gestos una estatua para simbolizar los desencantos...!

Nadie la viera sollozar; la mueca del llanto nunca entorpeció el arrullo de su ritmo facial. En su quebranto,

¡a muchos parecía una muñeca que cerrara los ojos por orgullo para llorar sin derramar su llanto...!

IV

Un retrato del Conde fenecido era en su habitación único adorno y todo su fervor giraba en torno de aquel hombre que fuera su marido.

Corazón como urna de piedades, siempre devoto a sus afectos vivos; era a los ojos de los comprensivos como un árbitro de fidelidades!

Dulce mártir de las evocaciones, la desgracia rimó en sus ilusiones la sinfonía en gris de lo imposible; y en los decires al amor abiertos, ¡simulaba un espectro ultra-sensible que vivía la muerte de sus muertos!...

V

Ebria de misticismos y de una obsesión de románticas querellas, ordenó construir una laguna en su jardín, para sembrar estrellas!

Y en el silencio nocturnal, al borde del agua que fluían los oteros, ¡cómo gozaba en mantener acorde su dolor con la paz de los luceros!

Entonces sin conciencia de su estado las horas que pasaron a su lado supieron sus lirismos en derroche.

Que incommovible en su demente exodo era como la musa de la noche o como esfinge del divino Todo!

VI

La hallaron cierta noche sin fortuna, —símbolo en fuga de pesares fieros; sepultada en la paz de su laguna, siendo un lucero más entre luceros!

Absorta bajo el agua, con un vano gesto de asombro y de melancolía que le extendió tras el caudal la mano como simbolizando una porfía:

la noble amiga en un postrer delirio que dió terminación a su martirio de dolores en trágicas harturas;

viendo en un astro palpar el rastro de mejor suerte, ¡entre las aguas puras precipitóse por coger el astro...!

OCTAVIO DE LA SUARÉE

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

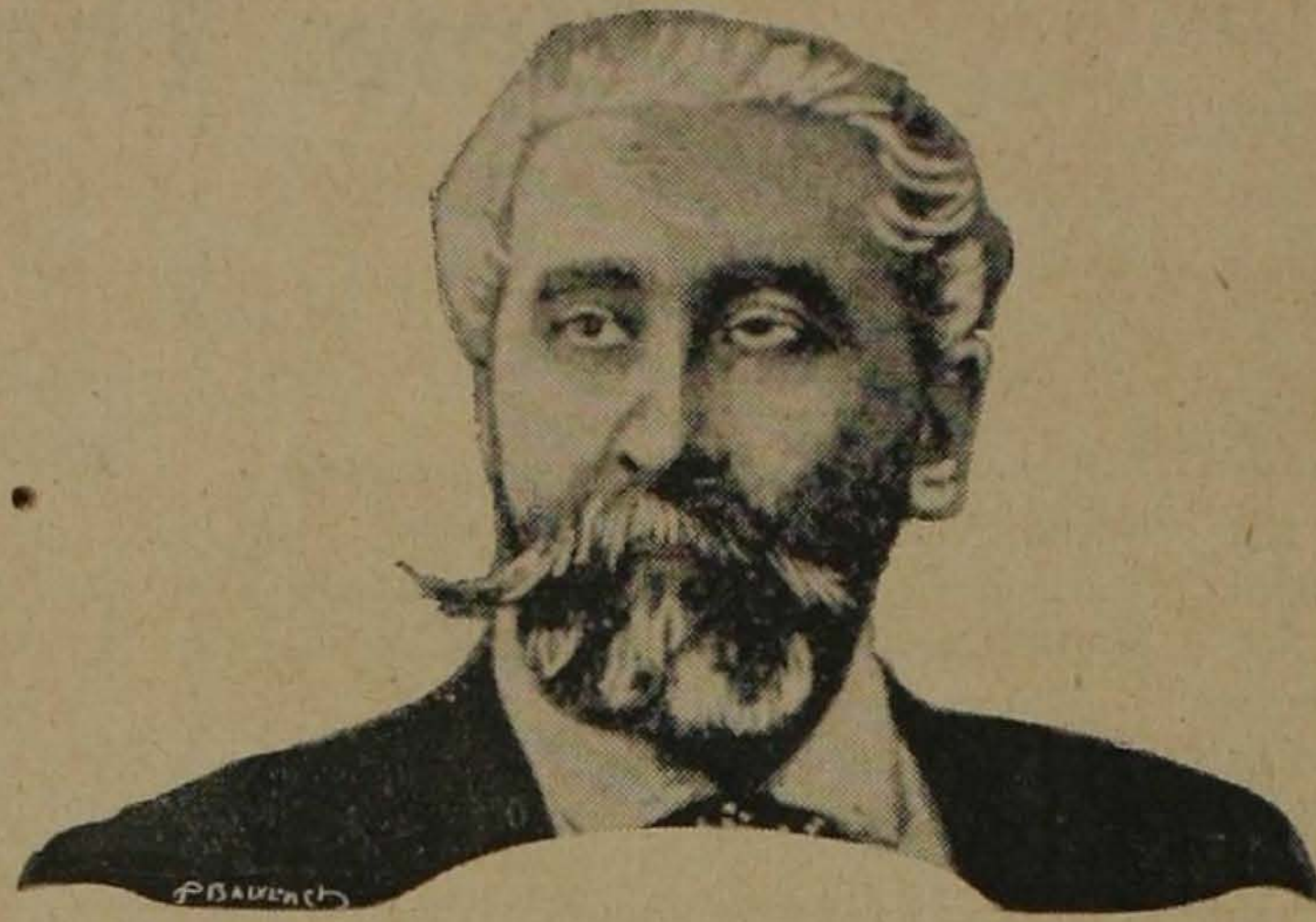
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

FUE en la edad heroica. Las carabelas de la conquista emprendían la ruta del Nuevo Mundo: en la borda y en los mástiles, cual bravía bandada de gerifaltes, los hijos de la aventura escudriñaban el horizonte. Las esrellas desconocidas, al iniciar su ascensión en la bóveda celeste, llenaban de áureos espejismos la lejanía, mientras los mares del trópico se incendiaban de fosforescencias. Más allá ¿qué aguardaba a los navegantes? ¿La gloria? ¿La riqueza? ¿El poderío...? ¿Acaso la muerte! ¿Qué más daba? Cada cual traía la vida en precario, presto a soltarla en una encrucijada de la suerte.

Uno de esos hijos de la aventura fue don Pedro de Heredia. Pendenciero e intrépido, hecho ya a los menesteres de las armas, llegó, mozo aún, a la isla Española, primera sede de la conquista, cuando alboreaba el siglo XVI. Allí fueron suyas haciendas y plantaciones, pero no era la agricultura afición predilecta de este domador de hombres. Fue en busca de aventuras a tierra firme, en Santa Marta sufrió vicisitudes y conoció la voluptuosidad del mundo; y regresó a España para volver al Nuevo Mundo en 1532, con la real investidura de gobernador de la provincia de Cartagena. En enero de 1533 fundó en la costa norte de Sur América la ciudad de Cartagena de Indias. Estudió la política de las tribus indígenas y, como Cortés, supo beneficiarse de sus divisiones y sus mutuos recelos. Penetró en comarcas inexploradas y, a trueque de continuos combates y vicisitudes, regresó a sus cuarteles cargado de fabulosas sumas de oro. Su carácter altivo y recio le captó enemigos: dos veces fue sometido a juicio de residencia y enviado a España en calidad de prisionero. Dejó en la corte la grata impresión de su hidalga gentileza y volvió a América, una y otra vez, investido de más amplios poderes. Anciano ya, se le abrió nuevo juicio y, cuando se dirigía a pedir justicia al monarca, naufragó y tuvo por sepulcro el mar.

Los descendientes de don Pedro de Heredia recibieron, como presea de la pasada grandeza de su antecesor, el señorío de la comarca de Baní—cuna, siglos después, de Máximo Gómez—en la isla Española. No heredaron, al parecer, el espíritu aventurero de don Pedro ni tuvieron la temeraria fiereza de otro de sus antepasados, don Fernando de Heredia, cuyo misticismo guerrero dejó imborrable memoria en la historia política del pontificado, durante el



Trofeos de conquistador

=Discurso pronunciado por MAX HENRÍQUEZ UREÑA, Presidente del Comité Heredia, en el acto de la inauguración del monumento consagrado a la memoria de JOSÉ MARÍA DE HEREDIA, autor de *Los Trofeos*, en la ciudad de Santiago de Cuba, el 6 de Marzo de 1927.=

siglo XIV. Pero allí arraigaron, al calor de la tierra fértil y sólo pasados dos siglos la revuelta de los esclavos de Haití y la invasión de las huestes enfurecidas de Toussaint Louverture a la parte española de Santo Domingo pudieron arrancar del solar ancestral a los Heredia. En los albores del siglo XIX emigraron de Santo Domingo y se reunieron más tarde en Cuba tres hermanos, nativos de la antigua Española y descendientes, en línea recta, del fundador de Cartagena de Indias: eran hijos de don Manuel de Heredia y de doña María Francisca Mieses. *Mieses de honor, mieses de amor* era la divisa nobiliaria que de esa suerte se había enlazado con la heráldica palmera de oro a cuya sombra florece una villa de plata en el escudo de los Heredia. José Francisco, el mayor de los tres hermanos, fué el padre de José María Heredia, el máximo poeta cubano, cantor del Niágara. El segundo, Domingo, vinculado en segundas nupcias a una dama francesa, de distinguida prosapia normanda, Luisa Girard, tuvo, como único hijo varón de ese matrimonio, a José María de Heredia, autor de *Los Trofeos*. Los dos poetas homónimos—de lengua española el uno y de lengua francesa el otro—eran primos hermanos. No se conocieron, sin embargo, pues ni siquiera fueron contemporáneos: el poeta del Niágara, nacido en Santiago de Cuba el 31 de Diciembre de 1803, murió en 1839; el poeta de *Los Trofeos* nació en el cafetal *La Fortune*, próximo a Santiago de Cuba, en 1842.

Muy diferente fue el destino de uno y otro poeta. El cantor del Niágara consagró su vida a la defensa

de la libertad y al culto de la dignidad humana: despreció los títulos nobiliarios que le correspondían por primogenitura como descendiente del fundador de Cartagena de Indias; expuso su vida por redimir la isla esplendorosa que le vió nacer y por servir en México la causa de la democracia republicana; sufrió privaciones, ingraticudes y amarguras, y su poesía fue eminentemente personal y lírica. En cambio, el poeta de *Los Trofeos* jamás ambicionó ser actor en los sucesos políticos de su tiempo: fue tan sólo un espectador inteligente, capaz del comentario oportuno; su afición a los estudios históricos cimentó en su espíritu el amor al pasado y por ende el culto de sus tradiciones de familia; buscó con ahinco y perseverancia el campo propicio para el desarrollo de sus facultades y, enamorado de la perfección, cultivó el verso con paciencia de orífice; aspiró a revelar en su poesía un mundo impersonal, y si bien la gloria y el bienestar le sonrieron, ambas fueron el fruto de su laboriosa energía.

Huérfano de padre a los siete años de edad, apenas contaba nueve cuando fué enviado de Cuba a Francia, gracias al empeño maternal de Luisa Girard. En Francia cursó el bachillerato y en 1859 regresó a Cuba, donde permaneció solamente dos años. Francia era ya su patria espiritual—¡allí había recibido su bautismo de cultura!—y su idioma predilecto era el francés: pero en Cuba, su tierra natal, se reveló su sentimiento poético. Una de sus primeras composiciones, para la cual escogió el molde del soneto—en el que tanto había de sobresalir después—fue consagrada *A la fuente de la India*, monumento que simboliza, en la figura de una matrona india, a la ciudad de la Habana, en uno de cuyos más pintorescos paseos está enclavada:

Quando se acaba el día, solo, junto a la fuente
descanso, mientras sueño con su dulce frescura...
Huyen mis pensamientos, tal como el agua pura
de su colmada urna gotea lentamente.

Bajo el esplendor tibio de la luna silente
animarse parece la blanca vestidura
que el escultor te impuso: cual amable impostura
finge rasgos amigos tu forma evanescente.

¡Novia del Sol, oh India de mis nativos lares!
Colón deshizo el sueño virginal, que al arrullo
dormías de las olas ardientes y amorosas...

¡Oh mi país, oh Cuba! ¡Cuán dulce en los palmares
oir de tus arroyos la voz, con el murmullo
de paz y amor que exhalan tus noches luminosas!

(Pasa a la página 283)

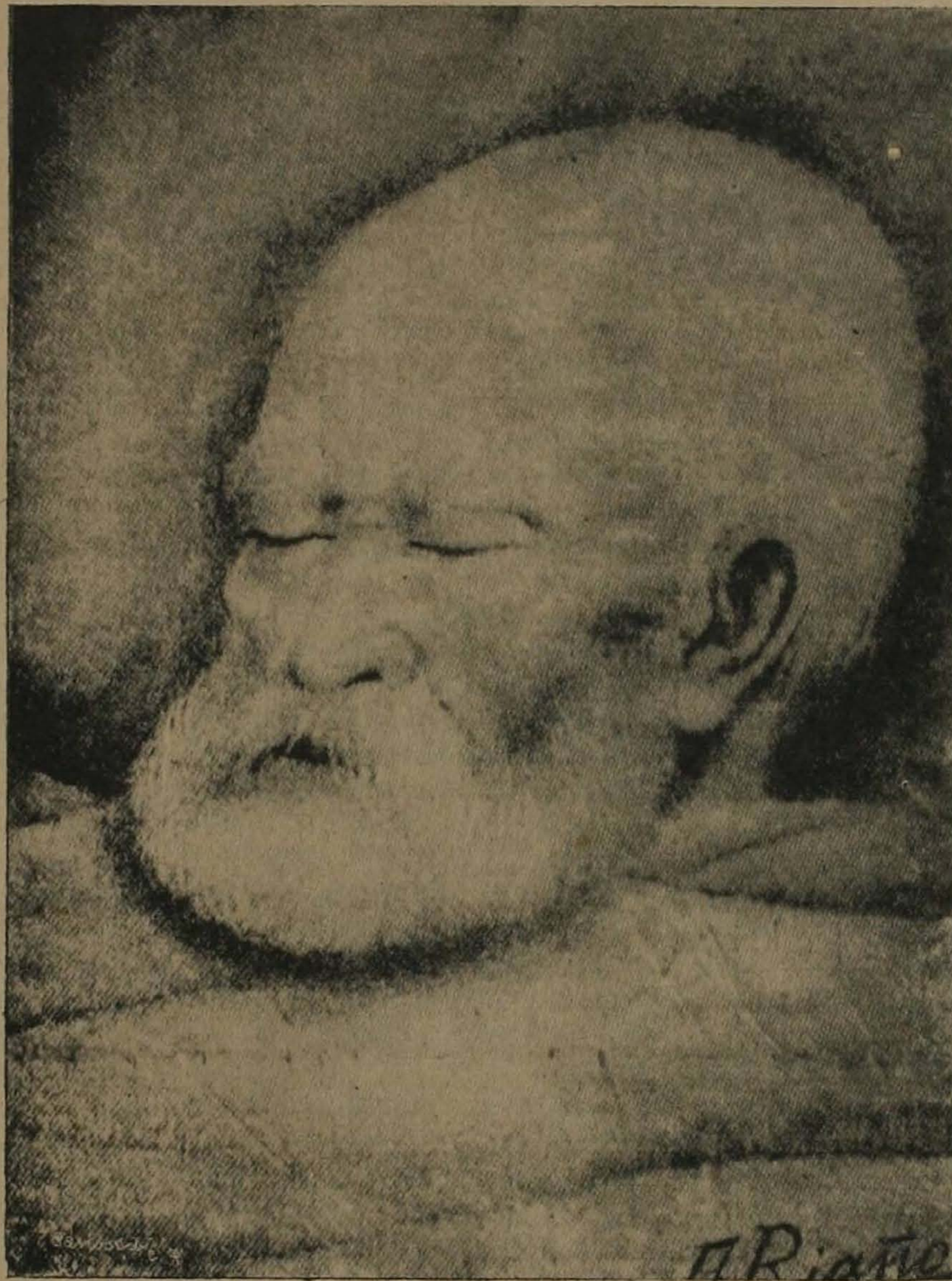
Homenaje al señor Suárez

Por

Luis Eduardo Nieto Caballero

EN el acercamiento que a despecho de todo se ha venido produciendo entre los colombianos, hemos llegado los miembros de los diferentes partidos al ideal de confundirnos en un solo dolor, cuandoquiera que la herida de un desaparecimiento es causada a la nación por la importancia intrínseca del ser que ya no vuelve. Ante los despojos mortales o ante el recuerdo fulgurante de liberales que desbordaron la copa del partido y llegaron a ser considerados como pedazos de la patria, hemos oído nobles palabras conservadoras de ofrenda. Y ante el ataúd o la memoria de conservadores eminentes que llenaron las mismas condiciones y se identificaron en la mente pública con la nación de Colombia, hemos escuchado el acento liberal, vibrante de emoción, como un tributo. Murillo Toro, Miguel Samper, Esguerra, Uribe Uribe, Benjamín Herrera, Carlos Martínez Silva, Miguel Antonio Caro, José Joaquín Ortiz, Quintero Calderón, Antonio José Cadavid, sirven de ejemplo. ¡Qué mucho, pues, que esta mi voz sin sonoridad ni trascendencia salga del liberalismo ante el cadáver de Suárez!

Yo siento el dolor de esta partida porque, sirvo de la pluma, vivía deslumbrado con la prosa majestuosa del amo. Amo y señor de la lengua castellana, su mayor representante en la nación reputada como la más devota del casticismo en América, fué este anciano de cabeza socrática que almacenó sabiduría de varias generaciones y la derramó a torrentes en libros que son remansos donde se copian las estrellas titilantes y las nubes fugitivas. En la selva de los clásicos, hilo tenue, de cristalina transparencia, empezó a formarse el raudal. Y discurriendo luego por praderas florecidas, descendiendo colinas, recibiendo el aporte de mil afluentes diversos, ya convertido en el río solemne y poderoso que puede fecundar muchas llanuras, conservó su limpieza. No hay prosa más limpia, más rica, más sugerente, aunque carezca de aquel sacudimiento nervioso, de aquel énfasis, de aquella incorrección que tan cabalmente mues-



Un boceto a lápiz del señor SUÁREZ, dibujado por el maestro Riaño, durante la agonía del ex-presidente.

(El Espectador, Bogotá).

tran algo como el correr de la sangre y como el bullir de la vida.

Risueño o melancólico, irónico o compasivo, lo mismo para herir que para acariciar, para decir su odio del momento o para llorar un adiós, una desgracia, la pérdida de un amigo o la injusticia de que se creía circunscrito, a su prosa iba la elegancia como a la propia fuente. Nada importaba que en sus Sueños, llevado del capricho, pusiera en ocasiones cosas innecesarias. Triunfaba su pericia hasta de su deseo, y de pronto, más allá de las interrupciones de interlocutores imaginarios, que cortaban el hilo de una disertación esplendorosa como para darle un respiro, volvía a aparecer, límpido y grato, el torrente sonoro. La pluma en su diestra poderosa era el tridente de Neptuno con que alborotaba o apaciguaba las aguas.

Qué legado tan rico el que nos

deja en sus obras de paciente erudición, de prolijas investigaciones, de giros sorprendentes, de pensamientos graves. Bajo su cráneo augusto, que en la agonía daba la impresión de un filósofo griego, se almacenó mucha ciencia. Pródigo de ella, la distribuyó en manifestaciones tan diversas y en proporciones tan abundantes, tanto más nutridas cuanto más rápidamente se acercaba a su término, que a sus libros pueden ir a alimentarse lo mismo el filósofo que el historiador, el literato que el jurisconsulto, el hombre de estado que el místico. Para todos hay temas de meditación y nociones que en la noche de las cosas abstrusas brillan como relámpagos.

Y no es que sea preciso aceptar sus ideas ni que yo venga, sacudido por el golpe de que sufre la nación entera, a entonar, por pasadas campañas que en este lugar sagrado reivindicó con orgullo la canción del arrepentimiento. Siempre vi en el señor Suárez una cumbre que los años embellecían a medida que la iban coronando de nieve. Adversario de muchas horas de angustia y de peligro, contra el coloso dirigí mi honda. Hoy no lo deploro porque en la honda, acertado o equivocado, supe siempre poner guijarras limpios. Con esa conciencia, sin pretender salvar la distancia que me separaba de sus doctrinas políticas, y antes refrendando ante sus restos mi fe absoluta, cada día más firme, en los grandes principios liberales, puedo decir con cierta autoridad que en sus Sueños y en sus obras hay grandes enseñanzas.

Grandes sobre todo las que nos confunden a los hijos de la patria, sin excepción alguna, en un solo impulso de amor y en un solo propósito de engrandecimiento! El hombre formidable que se desveló estudiando los problemas de fronteras y aplicando la luz de su criterio a nuestros más graves asuntos internacionales, fué un excelso patriota. Pedazo de las entrañas de Colombia, como Caro, su maestro, se sentía con justicia. Había robustecido su fe en la democracia al comprobar en su propia elevación,

deja en sus obras de paciente erudición, de prolijas investigaciones, de giros sorprendentes, de pensamientos graves. Bajo su cráneo augusto, que en la agonía daba la impresión de un filósofo griego, se almacenó mucha ciencia. Pródigo de ella, la distribuyó en manifestaciones tan diversas y en proporciones tan abundantes, tanto más nutridas cuanto más rápidamente se acercaba a su término, que a sus libros pueden ir a alimentarse lo mismo el filósofo que el historiador, el literato que el jurisconsulto, el hombre de estado que el místico. Para todos hay temas de meditación y nociones que en la noche de las cosas abstrusas brillan como relámpagos.

tras de los días de brega y desamparo, el culto colombiano a los grandes señores del espíritu. Y amaba esta tierra con ternura, con lágrimas, con infinita piedad, como un niño que se recreara con los paisajes maravillosos de nuestras cordilleras y como un varón resuelto y animoso que por ella hubiera vertido gota a gota la sangre. Cuántas veces no dijo complacido, recordando el verso de don Alberto Lista, que sólo conocía el río de la patria! Y cómo fué divina aquella exclamación, sobre la cual descienden en este minuto de tristeza las luces de lo alto: «Colombia, tierra buena a quien venero, dulce Argos que deseo sea objeto de mis últimas visiones!»

Lo fué de las últimas y lo fué de las primeras. Física y espiritualmente, Colombia fué el máximo objeto de su contemplación. Cómo quiso servirla y cómo penetró en los viejos papeles y en los textos difíciles para conocer sus derechos, para defenderlos y para guiar la política externa por senderos de tolerancia y de fraternidad, enamorado de esa armonía que en lo relacionado con las naciones más próximas estimaba como un mandato solemne del Libertador y como una enseñanza irrevocable de Cristo. En todo esto, hasta en sus errores, hasta en aquellas aptitudes humildes que los jóvenes le reprochamos, hubo un impulso patriótico. Y no lo digo solamente ahora. Lo dije en plena lucha, lo dije en plena Convención Liberal, en el año 21, cuando el señor Suárez, con ademán que seguirá creciendo en la historia, hizo dejación de la primera magistratura, ante el asombro del mundo, por no perjudicar la suerte de un pacto que consideraba de importancia esencial para Colombia.

¡Cómo es de justo que al ataúd en que halló al fin el reposo lo envuelva la bandera! Deben estremecerse las sedas que aprisionan al que hizo más vivos sus colores con la fama de humanista y supo humedecerlas con lágrimas de júbilo el día de la victoria o de tristeza, el día del vencimiento en cualquiera de los afanes que la patria padeciera. Yo no digo ni ante la tumba que fué acierto lo que un día llamé error, ni pienso que la muerte cambie la esencia de los sucesos que pasaron y de las cosas que fueron. Digo, y con ello no hago sino repetir algo que fué grato al corazón del sér que hemos perdido, que las intenciones del señor Suárez en materias internacionales fueron, aun en las declaraciones y movimientos que le combatimos y que hoy volveríamos a combatirle, intenciones sagradas.

Apagado el estruendo de la lucha porque el gladiador cayó para no

volver a erguirse, el señor Suárez, que entra a la historia con merecimientos que le hacen doblegar las espaldas y que ya no provocará más a nadie con su estoque temible, irá a ganar en el examen que la justicia le haga. Ya le descontará lo que en él fué acerbía, rencor, pasión tremenda, que sabía diluir o condensar, según el caso, en palabras y en imágenes que condenaban, a quien de ellas llegaba a ser objeto, a la exasperación o al ridículo. Pero ya le abandonará también sus sufrimientos. Y ya dirá cómo un día fueron, entre nosotros, crueles e ingratos los hombres.

Extraordinario, inusitado, de una gravedad ascética, fué su sacrificio para bien del país. Y el hombre poderoso que habitaba el palacio de la Carrera, rodeado de amigos zalameros y obedientes, pasó a reanudar el antiguo coloquio con los libros entre los escuetos muros de su hogar franciscano. Pasaron los días solares de lisonja y de fortuna. En estos días lluviosos ya no le visitaban sino contados fieles. El Eclesiastés y Kempis le habían dicho la vanidad de los honores, que por otra parte su sencillez rechazaba. Tuvo el orgullo de su humildad como un consuelo, y con sarcástica sonrisa se puso a meditar en que todo pasa como las nubes y como las sombras. Acaso pensaba en el olvido, y como Carlos V en el monasterio de Yuste, sólo quería el olvido.

Pero quedaba pendiente una acusación ante el senado que él consideraba injusta, y seguía llegándole en los diarios el rumor de la diatriba. Vivió su tempestad. Enloquecido, internándose en ella, tal vez para encontrar la anestesia del dolor que se desborda, debió exclamar como el rey de la tragedia shakespereana: «Brama y desencadénate, ¡oh viento!, desplegando todo tu furor. Huracanes, cataratas y tempestades, derramad vuestros torrentes sobre la tierra; fuegos sulfurosos, ejecutores del pensamiento, embajadores del rayo que estalla y rompe las encinas, abrasad mis canas; horrísono trueno que todo lo conmueves, aplasta el globo del mundo, destroza todos los mundos de la naturaleza y extermina los gérmenes todos que producen el hombre ingrato!»

Tras una breve pausa, como el rey Lear debió seguir diciendo: «Descargad sobre mí todo el furor de vuestros crueles fuegos; soy vuestro esclavo sumiso, pobre y débil anciano abrumado bajo el peso de los achaques y el desprecio, y sin embargo tengo el derecho de llamaros cobardes... En cuanto a mí, más males sufro que he cometido». Ahí debió detenerse... No estaba tomada de orín la pluma mágica. Con ella en la mano podía des-

viar el rayo que veía desprenderse entre un fragor de truenos. Como lo habían herido también él iba a herir. Y la empuñó como una daga que gozosa o rabiosamente se clavaba en las carnes enemigas.

Espectáculo trágico y solemne el de esa lucha de un hombre contra todos! Ante la algarabía de los sordos voluntarios, diciendo y repitiendo, y volviendo a decir y a repetir, no sólo sus descargos sino la lista exacta de las obras de adelanto que le debía el país a su gobierno, se defendía y acometía, animoso y constante, sin más lanza y escudo que su estilo. Jamás una pluma sirvió tanto ni de manera tan firme y oportuna! Al señor Suárez le gustaba, en los lances periodísticos, el olor de la pólvora.

Pero de pronto venía la depresión. Ningún espíritu resiste esa tensión sostenida. Dolencias físicas se agregaban a sus quejas morales para someterlo y vencerlo. En busca de reposo iba a los místicos. Y era la elevación. Los ojos que interrogaban a lo alto para averiguar el secreto de tantas desventuras iban perdiendo la expresión ansiosa y adquiriendo el contento de algo ambicionado y entrevisto. Era su fe profunda. Era la fe adquirida en el regazo de su madre, donde aprendió también que el hogar es lo único que en el mundo cambiante no tiene traiciones ni amarguras. Y se elevaba a Dios. De aquel viaje prodigioso, realizado en pos de Santa Teresa hacia las moradas del castillo interior, cuando acaso sintió el corazón transverberado, descendía con expresiones milagrosas, etéreas, escritas con algo conquistado al azul, cual si en el vuelo hacia el empíreo le hubiera arrancado a una águila una pluma para escribir una oración que reflejara su visión y su amor. Así surgió la *Oración a Jesucristo* y así en los *Sueños* quedaron engastadas, como ofrenda del creyente, chispas rutilantes que se dirían de estrella. Nunca salió de Colombia. Pero hizo viajes frecuentes a los astros.

El que ahora emprende es ya definitivo. La carne triste que la tierra se traga va a servirle para misteriosas y tétricas combinaciones. Pero el espíritu libre que animó la materia al salir de la cárcel debió gritar: Hosanna! El señor Suárez tenía una vieja cita, la cita con los amados de su corazón que tan delicadamente recordaba en sus *Sueños*, y se ha ido a cumplirla. En él, como en Anatole France, la exclamación postrera ha debido ser: «Madre!» Nada tan emocionante ni tan bello, tan orgulloso ni tan digno, como el culto que supo rendirle en la vida y en la ausencia a esa mártir que lo llevó en su seno y que al arrullarlo en la choza que

recuerda la cabaña de Lincoln, arrullaba medio siglo de historia futura de Colombia. El señor Suárez, que en sus delirios había escuchado la música de las esferas y que en contemplaciones inefables había acariciado con los ojos el rostro de la ausente, hoy está de fiesta. Séanos esa consideración un lenitivo y pueda él, desde el lugar en donde se encuentra su espíritu, contemplar, como compensación de inmerecidas amarguras, el dolor de su pueblo!

El Sr. Suárez y Nieto Caballero

Con motivo del artículo *La choza del señor Suárez* que el doctor Nieto Caballero publicó en *El Gráfico* el 19 de diciembre de 1925, escribió el señor Suárez en *El Nuevo Tiempo*, el 27 del mismo mes, el siguiente párrafo que tomamos de *El sueño de la Choza*:

JUSTINO.—¿Y qué decir del Doctor Luis Eduardo Nieto Caballero, quien junto con el Doctor Rengifo llenó la misma página que bondadosamente se dignó concederte *El Gráfico*?

LUCIANO.—Que si en mi vida alguna lectura ha llegado a mis ojos capaz de arrasarlos y hacerlos desbordar y hacerles transmitir a mi ánimo ideas y sentimientos inefables, son las palabras del señor Nieto Caballero. En mi corazón han pulsado ellas una fibra que, a pesar de todos los accidentes de la adversidad y la vejez, jamás ha dejado ni dejará de producirme sentimientos perennes e inmortales. Al evocar el Doctor Nieto Caballero ese sonido, esa impresión, ese recuerdo perdurable, me cautiva con el objeto que evoca y con la nobleza y caballería de su acción, favorable para mí y digna de las bendiciones con que el cielo premia las virtudes. Grato y ejemplar es en verdad el espectáculo que un escritor sumergido en la política nos ofrece a todos, mostrándonos de cuánto bien son capaces un buen corazón y un alma bien nacida, al guiarse por la simpatía y por el perdón, y al cerrar la puerta a todo sentimiento que no sea elevado. Mi gratitud al señor Nieto Caballero debe vivir en mi pecho, apareada al recuerdo que él se ha dignado señalarme.

El Doctor Nieto Caballero, quien se había ausentado de la ciudad en la semana en que apareció *El Sueño de la choza*, agradeció las generosas expresiones del señor Suárez en el siguiente telegrama:

Sogamoso, diciembre 31 de 1925.

Marco Fidel Suárez.—Bogotá.

Usted, cuya carta sobre Antioquia

me salvó del olvido, me conmueve hoy en lo más íntimo al agradecer tan desmedidamente unas palabras sin otro mérito que el de interpretar con fidelidad los sentimientos de la inmensa

mayoría colombiana ante la magnitud de su ciencia y la serenidad de su gloria. Feliz año!

L. E. NIETO CABALLERO.

Trofeos de conquistador

(Viene de la página 280)

Heredia escribió estos versos en marzo de 1860. En aquellos días de juventud la voz amiga de Enrique Piñeyro vibró en su oído como anunciación profética. «Yo solía decirle con toda seriedad—cuenta el propio Piñeyro—que su nombre era como un decreto del destino que le ordenaba dedicarse al cultivo de la poesía francesa, y en ella esforzarse por brillar tanto o más de lo que su primo hermano y homónimo había brillado en la poesía hispano americana, pues le llevaba la inmensa ventaja de una instrucción literaria ya tan notable; y que si el llegar a escribir buenos versos en francés, susceptibles por razón de la lengua sola de ser leídos en el mundo entero, era empresa grande y difícil, no había de ser imposible para quien reunía ya tantos elementos esenciales».

Con estas palabras Piñeyro no hacía más que estimular el íntimo y secreto afán de gloria que abrigaba el joven Heredia, para quien era imperativa consigna mantener en la historia el lustre de su apellido. De regreso a Francia, Heredia ingresó en la Universidad de París y se inició en las disciplinas del derecho, que luego abandonó. Cursó además el programa completo de ese admirable instituto de arqueología y paleografía que se llama *École des Chartes* y cuyo objeto fundamental es formar archiveros y bibliotecarios. Los estudios que Heredia realizó en esta escuela contribuyeron a fijar su orientación literaria: toda la labor de Heredia acusa la paciencia del paleógrafo y la devoción del arqueólogo; y además, al hábito adquirido en el manejo del material histórico debe atribuirse su preferencia por aquellos motivos de inspiración que la poesía puede desentrañar de la historia del mundo.

Visitaba Heredia los cenáculos parnasianos: allí, siguiendo la huella de Leconte de Lisle, de Théophile Gautier, de Baudelaire, de Banville, y en fraternal consorcio con Sully Prudhomme, León Dierx, François Coppée, Armand Silvestre, Catulle Mendés y toda la *lira* juvenil de aquel tiempo, adquirió singular renombre como cultivador esmerado de la forma poética. Nadie como él para hacer poesía impersonal, conforme al dogma del

viejo maestro de los *Poemas bárbaros*, o para seguir el consejo de Théophile Gautier: *esculpe, lima, cincela...*

Solazábase Heredia en la lectura de los viejos cronistas del Nuevo Mundo, y acaso si alguna vez pensó cimentar su fama, más que en el verso, en una obra de largo aliento, en prosa: la historia de la conquista de América, en cuyas páginas viviría perpetuamente la gloria ancestral. No llegó a acometer tal empresa, pero sí tradujo, en francés de la época de Montaigne y en estilo que éste no sabría desdeñar, la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, escrita por Bernal Díaz del Castillo a fines del siglo XVI. La traducción de Heredia representa diez años de labor y es admirable por su claridad y su elegancia.

No había de confinarse, sin embargo, en el campo de la erudición histórica quien poseía tan refinado talento poético. La fórmula adecuada para el temperamento de Heredia no era otra que hermanar con la poesía su afición a los estudios históricos. Acarició la idea de escribir, siquiera en parte, ya que no la historia, sí la epopeya de la conquista de América—tema que siempre le sedujo, por encontrarse ligado a sus tradiciones de familia—y forjó una armoniosa columna de pareados alejandrinos que intituló *Los conquistadores del oro* y que presentó como prólogo de un vasto poema épico: *La derrota de Atahualpa*.

Nunca terminó el poema. Concibió otra forma de epopeya sobre tema más vasto: la historia de la humanidad en sonetos. Así nacieron *Los Trofeos*, epopeya fragmentaria donde cada soneto es un cuadro histórico y cada cuadro es un trofeo del pasado. Esta concepción épica en forma fragmentaria no era nueva: entre otros, aspiraron a realizarla Víctor Hugo en *La leyenda de los siglos* y Leconte de Lisle en sus diversas series de *Poemas bárbaros*, *Poemas antiguos* y *Poemas trágicos*. *Los Trofeos*—idea análoga, aunque en molde diferente—son una sucesión de cuadros que presentan, a modo de kaleidoscopio fascinante, las etapas culminantes de la historia del mundo: Grecia y Sicilia, Roma y los Bárbaros, La Edad Media y el Renaci-

miento, el Oriente y los Trópicos, la Naturaleza y el Ensueño...

Muchos de estos cuadros, especialmente los de la edad antigua, acusan la imitación de los viejos modelos clásicos junto con una labor paciente de adaptación y calco de formas e imágenes de poetas de todos los tiempos. Sin embargo, la personalidad poética de Heredia surge inconfundible y única al través de ese procedimiento de artífice del mosaico. Nunca mejor que en este caso cabría afirmar que el estilo es la originalidad. Eugéne Langevin admiraba en Heredia *el arte de hacer original la imitación*. La originalidad de Heredia no está en las ideas, ni siquiera, muchas veces, en las imágenes; está en su arte peculiar de combinar las palabras para producir un efecto determinado; está en su sistema propio, musical y plástico a la vez, de provocar la emoción estética. La musicalidad de las palabras como un marco de oro a la plasticidad del concepto: he ahí una síntesis de su *manera*. Obra de escultor o de pintor son, por lo general, sus sonetos, donde la línea y el color prevalecen. Si se exceptúan algunos sonetos consagrados a la Naturaleza y el Ensueño, no es la emoción lírica lo que podremos encontrar en este poeta que quiso ser impersonal; pero sí hallaremos la emoción plástica, tal como ésta fluye de la pintura y la estatuaria.

Los Trofeos, ciento diez y ocho sonetos publicados en forma de libro en 1893, junto con *Los conquistadores del oro* y tres adaptaciones de fragmentos del romancero del Cid, representan una labor de treinta años. Su aparición, largamente esperada, pues algunos sonetos del volumen figuraban desde hacía tiempo en antologías, se anticipó gracias al propósito de Heredia de presentar su candidatura para ocupar un sillón en la Academia Francesa. En tal empeño triunfó un año después, sin gran esfuerzo, frente a otros candidatos, entre los que figuraban Emile Zola y Paul Verlaine. Para aspirar a esa distinción que ambicionaba, llenó también la formalidad de obtener su carta de ciudadanía francesa. Francés... ¿no lo era espiritualmente desde la infancia?

«Al acogerme en vuestra Compañía—dijo en su memorable discurso de recepción—habéis consagrado mi adopción por Francia. Siempre supe querer a Francia. Era la patria de mi inteligencia y de mi corazón. La he amado desde la cuna. Su lengua fue la primera cuyo encanto conocí en la voz maternal. Es al amor de ese noble idioma, el más bello que, después de Homero, haya nacido en labios humanos, a lo que debo sentarme entre vosotros. Gracias a voso-

tros, Señores, y nunca sabré agradecerlo demasiado, soy dos veces francés. Y no es sólo al poeta a quien honra vuestra elección: el honor refluye sobre nuestra hermana latina, España, y va más lejos aún, llega hasta el Nuevo Mundo, que se disputaron nuestros antepasados comunes, más allá del Océano que baña la isla deslumbrante y lejana donde nació».

Nunca olvidó Heredia su isla natal, «deslumbrante y lejana». La recordó en los tres sonetos—únicos versos escritos por él en castellano—que consagró al centenario de su primo hermano y homónimo el cantor del Niágara. La recordó también en su soneto *Brisa marina*¹, evocación nostálgica del trópico antillano:

El cortijo y el páramo, invierno ha despojado de sus flores, y todo ha muerto. En grísea roca donde, sin fin, la onda del Atlántico choca, del último pistilo pende el pétalo ajado.

Pero no sé qué aroma tan sutil, exhalado del mar, me trae la brisa, y de embriaguez sofoca mi corazón su efluvio, que algo extraño en mí evoca... ¿De dónde viene el soplo cálido y perfumado?

¡Ah, sí! Lo reconozco. Viene de tres mil millas, del mundo en cuyo seno las azules Antillas bajo el ardor cimbréanse del astro de Occidente.

Y desde el peñón kímrico, que bate ola colérica, aspiro, en esa ráfaga de aire natal y ardiente, la flor que abrióse un día en el jardín de América.

Tan delicado simbolismo ¿no es aplicable a la sensibilidad poética de Heredia que, al igual que esa flor innominada, brotó en el jardín de América para ir a derramar su aroma en tierras de Francia?

¡Digno heredero de sus antepasados, los conquistadores que en su blasón estamparon una palmera de oro, este poeta que fue del nuevo hacia el viejo mundo a la conquista de un ramo de laurel!

(1) La traducción castellana de este soneto, al igual que la del que Heredia escribió *A la fuente de la India*, son del autor de este discurso.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Valoraciones

Revista de humanidades, crítica y polémica

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»

Calle 60 N° 682

La Plata, Rep. Argentina

Cartas alusivas

Habana, Octubre 18 de 1926.

Señor García Monge:

Ilustre colega:

Aceptando el ofrecimiento que Ud. me hace en su carta, le adjunto esos versos del poeta Octavio de la Suarée, que fueron seleccionados en el último Concurso Literario del Diario de *La Marina*. Como a mi juicio merecen un premio, no habrá otro mejor para su autor y para mí que se publiquen en la cultísima Revista que Ud. dirige.

Si Ud. me complace, mucho se lo agradezco y ya aquí le envío todas las gracias que el premio merezca.

Recuérdeme si algo le adeudo de la Revista para satisfacerlo enseguida. Siempre espero ansiosa el último número de REPERTORIO AMERICANO.

De Ud. muy atentamente

OTILIA ANDRÉ DE GIOL
Redactora de *La Discusión*.

Mi dirección: Sra. Otilia André de Giol.
Calle K. N° 5. Vedado.
Habana, Cuba.

Santiago de Cuba,
abril 19 de 1927.

Señor J. García Monge,

San José de Costa Rica.

Muy distinguido amigo:

Creo que es el REPERTORIO AMERICANO el llamado a dar a conocer en el continente la noticia de que a José María de Heredia, autor de *Los Trofeos*, se le ha erigido un monumento en la tierra que le vio nacer, en Santiago de Cuba. ¿No es ese REPERTORIO el más eficaz medio de comunicación intelectual que tenemos en América?

Deseoso, al mismo tiempo, de corresponder de algún modo a las finezas y atenciones de usted, le envío para su publicación el discurso que pronuncié en el acto de la inauguración de dicho monumento. Está inédito aún porque me había faltado el tiempo para revisar notas y apuntes y reconstruirlo lo más fielmente posible.

Mande como guste a su sincero amigo y compañero,

MAX HENRÍQUEZ UREÑA

Libros en venta en la Administración del REPERTORIO

Arturo Capdevila: <i>América</i>	₡ 4.00
José Carlos Mariátegui: <i>La escena contemporánea</i>	3.00
Medardo Angel Silva: <i>Poesías escogidas</i>	2.00
Leopoldo Lugones: <i>Odas seculares</i>	4.00
» » <i>Las fuerzas extrañas</i>	4.50
R. A. Arrieta: <i>Ariel corpóreo</i>	4.00
Vasconcelos, Unamuno, etc.: <i>París-América</i> , N.º 1	3.00
Benito Lynch: <i>El antojo de la patrona</i>	4.00
Adolfo Posada: <i>El régimen municipal de la ciudad moderna</i> , 1 vol. pasta	11.00

Leal

Es hora ya de marcharme—dijo Felipe a su mujer, levantándose perezosamente del diván.

Pero ella le detuvo, como siempre, exclamando con mimo:

—¡Tan pronto!... Quisiera yo quemar esa oficina sin corazón que te arranca de mis brazos...

Mas como el reloj marcara precisamente las tres de la tarde, Felipe, después de abrazar tiernamente a su mujer, se dirigió al estudio, descolgó el sombrero, tomó el bastón y salió del cuarto.

Berta, como todos los días, le acompañó hasta la escalera. Reclinada en la barandilla le vió bajar lentamente, mientras él volvía de tiempo en tiempo la cabeza para recibir, gozoso, los besos que su mujer le mandaba con la punta de los dedos. Y cuando Felipe desapareció por fin, Berta volvió a cruzar el pasillo y entró en su alcoba. Una vez sola en ella, aguzó el oído para ver si aún se escuchaban los pasos de su marido; pero no, ya éstos irían midiendo la calle. Entonces, lanzando un gran suspiro que parecía de satisfacción, corrió hacia la cómoda, sacó un paquetillo, y comenzó a desatarlo.

Maligna sonrisa le pintaba el rostro. Solamente los muebles del cuarto conocían esa risa extraña... Ningunos ojos habían dado con ella; pero era la que Berta empleaba cada vez que se quedaba sola, mientras desenvolvía con cuidado aquel paquete de cartas...

Ese paquete cambiaba frecuentemente de sitio. Unas veces estaba arriba, tras de la cornisa del armario; otras, abajo, en el fondo de un mueble antiguo que sólo prestaba servicios de ornato. A menudo era la misma Berta quien guardaba aquellas cartas, apretadas contra su corazón. Las palabras parecían palpar, como pájaros... Berta creía sentir que sacudían sus alas sobre ella, meciéndola, embriagándola en sus halagos venenosos. La impresión era tan fuerte a veces, que el temor de traicionarse la recorría violentamente. ¿Saldría a su rostro la la verdad? ¿Sus miradas no irían a venderla en uno de esos momentos de peligrosa fascinación? Con cautela dirigía los ojos hacia todos lados, para ver si algún testigo acababa de sorprenderla en sus gestos reveladores... Daban miedo entonces aquellos ojos sombríos, relampagueantes, duros, como los de un ladrón que, cogido en el delito, prepara el arma para matar al primero que se le acerque... Pero vuelta a la realidad, convencida de que ningún testigo la estaba obser-

vando, cejaba en sus rebeldías, depoñía las armas invisibles que había levantado, y abría francamente su puerta a la sonrisa. No; no había que temer; aquello era insospechable; y era Felipe quien menos podría adivinarlo...

El engaño llevaba ya muchos meses. Para arrostrarlo, Berta contaba con su sangre fría, con su astucia, con su disimulo... Además, ella se asentaba en sus propias teorías. Era de los que no esperan de Dios ni el bien ni el mal, ni el premio ni el castigo. «Salvo la enfermedad y la muerte—se decía—que pertenecen a la naturaleza, bienes y males parten de los hombres; así, cuidándose de ellos...»

Y se cuidaba en todo momento, obrando con gran previsión.

Por eso no se entregaba a la lectura de aquellas cartas, sino en su alcoba.—situada cerca de la escalera—, cuando estaba ya segura de que Felipe se había marchado, y atento el oído para atisbar los pasos que podían subir...

Así, cautelosamente, como un ratón que devora en silencio el manjar vedado, Berta releía lo que ya sabía de memoria, pero cuyo fuerte sabor parecía no gastarse nunca.

Esa tarde, sin embargo, las cartas presentábansele frías, casi sin sentido, inconexas. ¿Era que no las estaba deletreando con la misma atención de siempre? En efecto: advirtió que había pasado por alto algunos párrafos. Quiso releerlos; pero algo que no pudo explicarse de momento, le quitó la intención. Colocó las cartas en el diván y pretendió acomodarse mejor en él; mas el cambio de postura no le trajo ningún bienestar; muy al contrario, una desazón indefinible la obligó a levantarse y a dar algunos pasos por la alcoba. Sintió, de pronto, que se ahogaba; al mismo tiempo las paredes y el techo del cuarto comenzaron a girar con loca rapidez sobre su cabeza. Comprendió que estaba a punto de perder el sentido, e instintivamente, en un arranque automático, tomó las cartas, las dobló, las ató fuertemente, y como en ese mismo instante el ruido de unos pasos precipitados que subían por la escalera, llegara distintamente a sus oídos, Berta, sin pensarlo casi, empujada sólo por una fuerza irresistible, avanzó como pudo hasta la ventana, abierta sobre el huerto, y después de atisbar la soledad en que éste se hundía, hizo un esfuerzo heroico y arrojó el paquete hacia la noria, que estaba en el centro del jardín, sombreada por los álamos.

Luego, sólo tuvo tiempo de dar

algunos pasos, llegar hasta el diván y caer en él, sintiendo que se ahogaba. En ese mismo instante, Felipe, que volvía por su cartera, olvidada al salir, entró precipitadamente en la alcoba.

—¡Me muero! — exclamó Berta al verle.—¡Me muero!

En efecto, la palidez alarmante que pintaba su rostro, no parecía decir otra cosa.

Felipe, desconcertado, sin saber qué hacer, arrojó el sombrero y el bastón sobre el lecho, y se precipitó hacia Berta, exclamando con angustia:

—Pero ¿qué es lo que sientes? ¡Explica por favor!...

—Me hace falta el aire... ¡Me muero, me muero!—repitió su mujer, resumiendo en este grito cuanto la torturaba.

Felipe dirigió los ojos en su rededor, buscando un medicamento de aplicación inmediata; pero en el tocador de Berta sólo había lociones de belleza, frascos de perfumes, jabones, polvos de arroz.

—¡Oxígeno, oxígeno!—pensó Felipe

Y poniéndose en pie, acomodó a su mujer entre los cojines del diván, y corrió hacia la campanilla para llamar. Siglos le pareció que tardaban en acudir, pero por fin, la doncella se presentó en la alcoba.

—Corra usted, le dijo Felipe—De la farmacia más próxima... una bolsa de oxígeno. Y un médico—añadió con violencia.—Un médico a toda prisa! Corra usted...

La doncella huyó por la puerta, al mismo tiempo que por ella entraba, jubiloso, dando saltos, Leal, el perro de Felipe.

Directamente, sin detenerse ante su amo, Leal corrió hacia el diván para depositar en el regazo de Berta un paquete que llevaba apretado entre los dientes.

—¿Qué es esto?—dijo Felipe tomando aquel paquete y examinándolo con precipitación.—Parecen cartas. Se te habrán caído en el jardín—añadió, dirigiéndose a su mujer. Pero ve que Leal te las trae...

Las manos de Berta, crispadas, amenazadoras, vengativas, arrancaron brutalmente aquel paquete de las manos de Felipe, y éste, puesto al instante en guardia por la actitud ofensiva de su mujer, le arrebató la presa con energía.

Entonces ocurrió una escena indescritible. Berta, bamboleante, lívida, feroz, se irguió como pudo, y poniéndose en pie, trató de perseguir a su marido para arrancarle de nuevo aquellos pliegos peligrosos, pero falta de fuerzas, agonizante, cayó de nuevo sobre el diván, en tanto que Felipe, al otro extremo de la estancia, rompía de un tirón el bramante del pa-

quiere, y fijaba sus ojos inquisidores sobre aquellas cartas que, rotó el hilo que las ataba, se esparcieron por el suelo, mostrando claramente la traición.

Y fué así como Berta, antes de emprender el viaje fatal, asistió al desenlace del drama; mientras el pe-

rro, que parecía el representante de una alta misión, se mantenía hierático, en silencio, como si quisiera demostrar que el mal, el bien, la justicia y el castigo no parten solamente de los hombres...

MARÍA ENRIQUETA.

s/c: Lista, 66.
Madrid.

¡Viva Chile!

Los grandes rotativos (?) de Chile, *El Mercurio* y *La Nación*, y otros menos grandes como *Las Últimas Noticias* han estado atacando al editor del REPERTORIO AMERICANO y a mí, a causa de unos artículos que he publicado últimamente en el periódico del Sr. García Monge. Haciendo alarde de un alto espíritu liberal el Sr. D. de la Vega ha publicado en uno de estos diarios de Agustín Edwards una serie de artículos llenos de bilis y de patriotismo agudo en los cuales, después de alabar las grandezas de su patria—que es la mía—y de insultarme con toda la seguridad que le ofrecen unos cuantos miles de kilómetros de distancia entre él y yo, pide de rodillas a García Monge que no publique más artículos míos y que se acuerde de que él (García Monge) recibió su educación universitaria en Chile, y por lo tanto debe estarle muy agradecido. Le dice además el Sr. Vega al Sr. García Monge que con esta clase de actividades está haciendo obra de discordia en vez de labor de amistad continental. Es decir que, habiendo estudiado en nuestra universidad, García Monge debe publicar sólo madrigales en loor de mi patria y que si alguno de nosotros—super chilenos—quiere pedir justicia para los otros varones nobles que están sufriendo cárceles y destierro en Chile, debe cerrar las puertas de su REPERTORIO a tales malvados. ¿Es que no sabe el monacillo de Agustín Edwards que la gran revista centroamericana está publicando continuamente artículos de Miguel de Unamuno, Haya de la Torre, José Vasconcelos y otros hombres libres de América, que en vez de quedarse adulando a los frailes y a los generales en su patria salieron a buscar ambientes más propicios a países más cultos? ¿Y no tiene el Sr. monacillo el ejemplo vivo de Joaquín Edwards Bello, que acaba de denunciar a toda la América el escándalo de Tacna y Arica? Es natural que *La Nación* y *El Mercurio* no comprendan la actitud del REPERTORIO. Para ellos el negocio es quemar incienso ante los altares de los que por casualidad se encuentran en el poder. Primero fué Alesandri, «el gran demócrata, el presidente del pueblo»; cae Alesandri y entonces los grandes rotativos hablan de la «necesidad de terminar con la vieja política corrompida y de apoyar a un hombre nuevo como el general Altamirano»; el

hombre nuevo fracasa, y entonces estos diarios aplauden la «cordura de militares y políticos que ponen las riendas del gobierno en manos de un hombre prudente y conservador como Figueroa». Figueroa resulta ser un muñeco de trapo y el coronel Ibáñez, «el hombre enérgico y desinteresado, inaugura una era gloriosa de gobierno fuerte y responsable». Es de suponer que si los obreros le dan un puntapie al coronel dentro de poco, los grandes rotativos se apresurarán a elogiar «a esos hijos del pueblo rotos que cansados de sufrir los abusos de un régimen despótico, han sacudido las cadenas en el gran día de las reivindicaciones».

Yo creo que el REPERTORIO al abrirnos sus columnas para que podamos atacar a un Juan Vicente Gómez, a un Altamirano, a un Leguía, está haciendo obra de acercamiento hispanoamericano. El coronel Ibáñez y el general Leguía al frente de sus gobiernos entrañan un peligro para toda la

América. Una guerra entre Chile y Perú provocaría un desastre continental. Y si los patriotas de Chile y el Perú quieren la guerra, nosotros—los traidores—preferimos la cordialidad interamericana.

De modo que el señor García Monge está muy por encima de estos ataques de la prensa venal; yo personalmente me siento muy orgulloso de que los grandes diarios de Agustín Edwards se ocupen de mí, aunque sea mostrando una carencia total de buena educación; y el señor de la Vega debería seguir escribiendo sonetos a las costureritas sentimentales en vez de hacer el primo defendiendo al capitalismo que le tiene echada la soga al cuello y en vez de escribir en su ignorancia artículos que al herirnos a todos nosotros le hieren también a él, asalariado... y hasta con pretensiones de intelectual.

¿Por qué será que los diarios de don Cucho que tanto se escandalizan de mi labor antipatriótica no dicen nunca nada de los artículos admirables del *pariente*, don Joaquín Edwards Bello?

¿Cómo negarme la razón, amigos, cuando me lamentaba de la falta de virilidad de los hombres de mi patria? El coronel Ibáñez ha desterrado a los mejores hombres de Chile y tiene varios cientos en prisión¹; y vosotros, intelectuales, periodistas, patriotas, estáis calladitos, temblando, besándole las botas al amo. Tenéis razón al negar vuestro origen araucano. Nuestros indios estuvieron peleando por más de tres siglos en contra de la tiranía española. ¿Y vosotros?

ARTURO TORRES RIOSECO.

New York, 1927.

In angello cum libello

A un «raro».

FIEBRE de materialismo asfixia el ambiente; corriente lenta de pensamientos livianos golpea, como ala fatídica, la mente universal; mezquinas las preocupaciones que impulsan el movimiento del reloj de sangre en cada ser.

Para limpiar sus pies, usa la humanidad la alfombra inmaculada del Ideal, mientras levanta, plena de ambición, áureo estandarte. Tintineo metálico anuncia su paso...

Perdida en ese desconcierto de sonámbulos, ambula una casta espiritual aristocrática, portadora de algún mensaje de los dioses, y cuya clave los hombres interpretar no pueden; son quizá proscrios de algún cielo estrecho y pasan en busca de infinito.

Difícil el hallazgo de un ser privilegiado en esta niebla perenne que nos ahoga; descubrir «la llama inmortal», es un supremo motivo de fiesta espiritual. Evoca entonces el espíritu escenas olvidadas en que eran actores los dioses; surgen con caracteres de fantasmas, lejanos afectos que nos ataron a aquel mundo con hilos etéreos.

Reminiscencia sagrada que fortalece las alas del espíritu; placer sutil y secreto que compensa al alma del hastío sufrido en su trato con los hombres; oasis de paz en este largo viajar sin rumbo definido. Siente el alma toda su majestad; olvida la incompreensión, la soledad, la algidez ambiente, al refugiarse su nostalgia en el regazo cálido de un espíritu hermano. Embriagada por el placer de su encuentro, se adormece en él y aspira la evocación, como un incienso. Desaparece en torno la burguesía cotidiana y sueña el alma que ha regresado a su patria.

El encuentro con un espíritu cuya palabra de pase nos es conocida, es como una ablución en las aguas puras del Ensueño.

Es sólo por una cortesía del Destino que se nos ofrece la ventura incomparable de encontrar al paso un espíritu de nuestra stirpe...

GRIS

San José, Abril 1927.

¹ Políticos, magistrados, obreros, profesores. No figura ningún literato entre los desterrados.

Nombres del maíz

JUSTINO.—Recuerda, amigo Luciano, que hace varias noches está por escuchar la exposición que tienes prometida a Donato acerca del vegetal que ocupa en América el importantísimo puesto que tienen el trigo en Europa y el arroz en Asia. Donato desea, ante todo, que trates de la denominación técnica de esa planta, porque dice que le han sobrevenido dudas sobre el origen verdadero de la frase *Zea maíz*. ¿En realidad se introdujo ella en la botánica como tributo de honor en obsequio del sabio repúblico don Francisco Antonio Zea, o la apariencia de la forma no corresponde al significado de la palabra «zea» en este caso?

LUCIANO.—Aunque entre nosotros es corriente la opinión de que la planta se llamó zea maíz en honor de nuestro conterráneo, gran naturalista y padre de la patria, y aunque este concepto ha sido formalmente estampado en un documento tan interesante como el elogio académico de don Francisco Antonio, hay quien se atreva a pensar que en esto hay error. La denominación zea maíz en la botánica se presenta seguida de la letra L, que corresponde a las que incluyó Lineo en su sistema; Lineo murió en 1778; entonces tenía Zea ocho años, pues había nacido en 1770; luego era imposible que al morir Lineo hubiera nuestro conciudadano aprendido y brillado tanto en cosas de botánica, que ya su nombre figurara en la primera línea de los cultivadores de esta ciencia. Además, en obras como el Diccionario de Alcedo y la Historia de Chile por el abate Molina, libros publicados cuando don Francisco Antonio tenía diecisiete o dieciocho años, ya aparece nuestra planta con los nombres de zea maíz o maysium, cuando entonces el futuro vicepresidente de la primera Colombia empezaba apenas sus estudios de ciencias naturales en Popayán o Santafé. Molina en dicha obra, y don Claudio Gay en su monumental Historia de Chile aplican el nombre «zea» al maíz y a otro vegetal, que puede ser el zea curagua, lo cual hace pensar que no se trata de un apellido glorificado, sino del nombre común de una planta llamada de por sí «zea». Y a la verdad, así se llama en latín la espelta, que es una especie de trigo, como puede verse en Freund, donde la voz se remite tanto al Lacio como al Atica.

Por fortuna, aún dado que esta suposición no resultara sismática, no por ella se opacaría en un ápice la reputación del sabio colombiano, pues entonces es verdad que se desprendería de su corona esta hoja simplemente nomenclatoria, pero la lumbre científica de su nombre permanecería siempre fomentada por los trabajos que llevó a cabo en Europa y por los servicios que prestó a su patria de modo tan brillante, que mereció ser amigo distinguido y colega de Bolívar.

DONATO.—Ahora sírvase indicarnos algunas especies sobre los nombres vulgares del maíz y de los principales objetos relacionados con este vegetal.

LUCIANO.—Su nombre ha prevalecido en todo el continente, tal que puede considerarse ya como voz patricia, proveniente de Haití y divulgada por los conquistadores desde las islas de Barlovento, por las tres Américas. En su origen era voz aspirada, mají, majís, según Oviedo. En el Perú el nombre indígena era sara, y las especies principales el morochó o duro, y el capio o blando. El fruto o mazorca, se llama entre nosotros filote cuando está en cabello, y chócolo cuando el grano está verde, palabras pro-

venientes aquélla de México y ésta del Perú. El mastelillo en que están engastados los granos se llama aquí con el nombre de tusa, vocablo que el Maestro refiere a origen indio, pero que tal vez puede explicarse como contracción de «tusado» del verbo tuser o atuser, que significa rapar, de suerte que así resultarían evidentemente hermanos tuso por picoso u oyoso, y tusa por el zuro de la mazorca. En el Norte son comunes xilote, elote y olote para significar lo mismo que nuestro filote y lo propio que chócolo y tusa.

En cuanto a las formas que toma el grano para alimentar al hombre, diremos que nuestra arepa es quizá el vocablo «erepa» que en lengua cumana significa maíz. La mazamorra es término muy castellano, que aplicamos a las gachas o poleadas usadas en nuestra tierra; en México una preparación algo parecida se llama atol. Nuestro peto no ofrece el menor asidero para conjeturar su origen, siendo así comparable a otras voces bogotanas como naco y poteca, que se aplican al sango del inca Garcilaso. Este sango, junto con uminta, tauta y cancha, significaban en el Perú, la última voz el maíz tostado, y las tres primeras tres clases de pan. En nuestro pueblo oímos pronunciar sango y tauta con respecto a ciertas preparaciones alimenticias. Mote o mute es voz del Inca, muy usada entre nosotros. Del maíz capio principalmente se preparan los alborotos, punche, o rositas de maíz, que llaman en otras repúblicas, y que llamamos nosotros en Antioquia con el nombre del defecto de Pedro Abelardo, por alusión al maíz capio: en la Argentina esas rositas o granos de maíz capio se llaman pororotos, palabra afine de pororocá, que es el nombre del estruendo espantoso que produce el Amazonas luchando en sus bocas con el mar océano: aquí vemos como las ideas y los vocablos tienen tal poder espiritual que nivelan unos maicitos reventados con el estruendo y pugna indecibles de un gigante que lucha con otro gigante. La chicha, vino de maíz, es bebida casi universal de América, y la miel de la caña del mismo, ponderada como muy linda por Garcilaso, burló los esfuerzos de Boussingault en Mariquita cuando trató de reducirla a azúcar en el año de 1825.

DONATO.—La mayor parte de los provincialismos anteriores corresponden a la América Meridional. En el Centro y en el Norte de América, abundan también locuciones locales referentes al «jefe de la espigada tribu», cuyo fruto era antes de Colón alimento principal de los indígenas. Y todavía es este precioso cereal el grano por excelencia en el cultivo, consumo y comercio de estos pueblos, a los cuales acude desde las alturas de los Andes hasta las marinas de ambos océanos y de un cabo a otro del continente. Los que han solido llamarnos «maiceros» a nosotros los antioqueños, no atienden a que lo son igualmente los demás pueblos del Nuevo Mundo, incluso los Estados Unidos, donde la agricultura y la estadística ocupan enormes capítulos con este que es el segundo talvez entre los cereales del globo.

MARCO FIDEL SUÁREZ

(Sueños de Luciano Pulgar. Tomo I. Bogotá.)

Las lágrimas de Väinämöinen

En el *runo* o canto XL del *Kalevala*, la epopeya finlandesa (que es a modo de un romancero mitológico) se nos cuenta, o mejor, se nos canta, cómo de la mandíbula de un sollo hizo el héroe «viejo y resuelto» Väinämöinen un arpa de huesos de pez. De los dientes del sollo hizo sus clavijas y le puso por cuerdas cerdas del caballo capón de Hiisi, el Genio del Mal, algo como la Loki escandinava. Niños y niñas, mozos y mozas, adultos y ancianos, fueron a ver el instrumento. Väinämöinen les invitaba a que tocaran en el arpa de huesos del pez; lo hacían y no sacaban de ella sonido alguno; no sacaban música del arpa hecha con el pez mudo. Y eso que los peces hablan y hasta cantan en el *Kalevala*. Y los antiguos griegos hacían liras con la concha de la tortuga.

El alegre Lemmirkainen, otro de los místicos héroes fineses, quiso tocar en el arpa de sollo y tampoco la hizo sonar. La llevaron a Pohjola, la tierra enemiga, y en esta tierra y tocada por sus hijos, las cerdas del caballo de Hiisi plañían tristemente. Un ciego, al oír aquellos discordantes sonos, pidió que la echaran al agua, pero el arpa habló y dijo con su lengua que no quería hundirse en el agua, sino que la llevaran a que la tocara el que la había hecho. Y la llevaron a Väinämöinen.

En el *runo* XLI se nos canta cómo este héroe, el viejo encantador se lavó los dedos, tomó el arpa, se sentó en la piedra de la alegría, en la piedra del cantor, en una colina brillante de plata y se puso a tocar aquella. Del aire, de la tierra, del agua, acudieron a oírle: lobos, osos, ardillas, armiños, lices, águilas, halcones, patos, cisnes, los hijos de la Creación, los sollos, desde luego, y niños, hombres y mujeres. El Orfeo finés reunió en torno de su arpa de sollo con cerdas del caballo de Hiisi a los seres animados y hasta a los inanimados. Tocó un día y otro y no hubo persona humana que no rompiera a llorar. Se les fundían los corazones. Lloraban los jóvenes y los casados y las casadas y los ancianos y los niños pequeños. ¿De qué lloraban? ¿De dolor o de placer? Lloraban de lloro puro, de llanto universal, podríamos decir.

El mismo viejo Väinämöinen sintió que rodaban sus lágrimas de sus ojos a sus mejillas, de éstas a la barba, de la barba al seno palpitante, del seno a las fuertes rodillas, de las rodillas a los pies, de los pies al suelo y de allí, llegando a la margen del lago azul iban a sumergirse en sus aguas. Väinämöinen pidió a los jóvenes que recogieran de bajo del agua sus lágrimas y no osaron; se lo pidió a un cuervo, que lo rehusó y luego fué a un pato azul, el que buscó bajo el agua rutilante las lágrimas del encantador y encontró en el lago las gotas de lágrimas transformadas en perlas, en las perlas azules de la concha.

La leyenda es hermosísima y podemos poner en ella símbolo que no pusieron los que la forjaron

¿De qué lloraban los que oían el arpa de Väinämöines? ¿De dolor universal? ¿De alegría? Cuando la tocó

en Pohjola, los héroes de esta tierra, enemiga de la tierra *Kalevala*, sintieron deleite y maravilla, las bocas de las mujeres comenzaron a reír y de los ojos de los héroes brotaron lágrimas y al último se les fué la fuerza; cayeron amodorrados y Väinämöines les sumió en el sueño. Les domó con la música del arpa de sollo.

Las lágrimas del encantador, del mago, del poeta, no eran como las lágrimas de los demás héroes y de los demás mortales; eran lágrimas que en el fondo del agua del lago azul (hecho acaso de lágrimas de las cosas y de los hombres) se convertían en perlas. Las lágrimas del poeta, se hacen perlas, y brillan como diamantes. Y acaso, como los diamantes son duras. Son lágrimas cristalizadas. Pero lágrimas que brotaron ante el universo.

El canto es en el *Kalevala* el arma más poderosa. Está llena la epopeya finesa de encantamientos y de sortilegios. En aquellas soledades lindantes con Laponia, en los campos de nieve helada el canto debe de resonar con una pureza que no conocemos los que vivimos en tierras de niebla suelta. Y allí, donde el agua sólida, el agua cristalizada, las perlas de agua, abundan tanto como el agua fluyente y líquida, allí deben de comprender lo que es una lágrima cristalizada, lo que es un cantar cristalizado.

En un libro de Anatolio Le Braz, el admirable cantor de Bretaña, hemos leído lo que es el silencio en los mares de Islandia y cómo resuenan en aquellas soledades marinas casi polares los cantos de los pescadores bretones. Debe de ser como el eco de un cantar en la cima de una montaña en un día de cielo desnudo y como de acero, mientras acaso la bruma vela a los valles. Y hay que oír esos cantares que se destacan del silencio ambiente.

Las lágrimas de Väinämöinen eran sus cantares mismos, el canto de Väinämöinen, el encantador, era el que moldeaba sus lágrimas que al rodar de los ojos a las mejillas y a la barba y al seno y a las rodillas y a los pies y al suelo y al lago azul se llevaban la música en su sal; la sal de las lágrimas de Väinämöinen era melodiosa. Y esa sal melodiosa, esa sal brotada de sangre de hombre, formaba las perlas. Perlas brillantes y duras, perlas que no hay molino que pueda moler.

¡El calor que ha hecho falta para producir los diamantes! Y los diamantes suelen ser fríos y son secos y duros. Y hay diamantes de palabras, poemas secos y duros que han brotado de un horno de pasiones humanas.

Y ¿cómo es que el arpa misteriosa que hizo brotar esas perlas de lágrimas estaba hecha con la mandíbula de un sollo y con las cerdas del caballo de Hiisi? Aquí tendríamos que detenernos a ver lo que los peces son en el *Kalevala* y qué especie de sirenas, muy otras que las de la *Odisea*, aparecen en esa epopeya de Finlandia. Los peces de las soledades del silencio ártico no son enteramente silenciosos.

MIGUEL DE UNAMUNO

(*Caras y Caretas*, Buenos Aires).